El papel de las biografías en la imagen pública de Francisco de Quevedo

The role of biographies in the public image of Francisco de Quevedo

Germán de Patricio
Towson University
Department of Languages, Literatures and Culture
8000 York Rd
Towson, Maryland 21252. USA
gdepatricio@towson.edu
ORCID ID: 0000-0001-7146-3510

[La Perinola, (issn: 1138-6363), 27, 2023, pp. 33-93]
DOI: https://doi.org/10.15581/017.27.33-93

Resumen:
Este artículo estudia el papel de las biografías de Quevedo en la construcción de su imagen pública como icono colectivo de la frustración política hispánica. Junto a un halo de figura heroica y romántica, característica clave de Quevedo es la presencia pertinaz de muchas leyendas sobre él, que han resultado ser también fundamentales en la historia de su recepción; aquí se analiza la forma en que los biógrafos han presentado su vida en relación con esas leyendas, desde Tarsia hasta el presente; cómo las justifican o adoptan, o por el contrario, cómo las combaten y niegan, y termina este ensayo planteando la ineludible pregunta: por qué existe una resistencia tan feroz a actualizar la biografía de Quevedo, y por qué los expertos no logran convencer al gran público.

Abstract:
This article studies the role of Quevedo's biographies in the construction of his public image as a collective icon of Hispanic political frustration. Along with a halo of heroic and romantic figure, Quevedo's key characteristic is the persistent presence of many legends about him, which have also turned out to be fundamental in the history of his reception; the way in which biographers have presented his life in relation to those legends, from Tarsia to the present, is analyzed here; how they justify or adopt them, or on the contrary, how they combat and deny them, and this essay ends by posing the inescapable question: why is there such fierce resistance to updating Quevedo's biography, and why have experts failed to convince the general public.

Palabras clave: Quevedo, biografías, recepción diacrónica, imagen pública, Quevedo como icono colectivo
Keywords: Quevedo, biographies, diachronic reception, public image, Quevedo as collective icon

Recibido: 27-10-2022 / Aceptado: 16-12-2022

A lo largo de media docena de artículos y el libro *Quevedo: personaje de ficción, icono colectivo* he estudiado a nuestro autor clásico Francisco de Quevedo, y, en concreto, su rol como personaje de ficción y como icono político desde 1635 hasta la actualidad. He analizado más de cincuenta y dos obras —novelas, teatro, óperas y películas— en las que Quevedo es el protagonista o un personaje importante, además de decenas de libros de texto y libros de chistes, utilizados para educar a los hispanohablantes sobre nuestro autor. Mi investigación analiza en profundidad todas estas obras, y la evolución de su imagen pública para las sociedades hispanohablantes; también proporciona una teoría detallada sobre la posición de Quevedo como «el icono colectivo de nuestra frustración política hispánica» (De Patricio, 2020, p. 9). Resulta evidente que este escritor no sólo es conocido por el gran público de las sociedades de habla hispana a causa de su poesía, filosofía, ensayo político, humor, teatro y novela, sino también —y en ocasiones, principalmente— por su vida: un político duro, honesto, miembro de dos gobiernos españoles, que acabó sufriendo un injusto encarcelamiento por sus conflictos políticos con el ministro principal, el Conde-Duque de Olivares. En esta ocasión, el ensayo que presento estudia el papel de las biografías de Quevedo en la construcción de su imagen pública como icono colectivo de la frustración política nacional. De los principales escritores españoles clásicos del Siglo de Oro, Quevedo es el único que decidió dedicarse a la política y, sin la menor duda, es uno de los más populares para el público en general. Como mencioné, esto se debe no solo a sus obras, y a su sentido del humor, sino también a su imagen pública; una imagen que podría resumirse en que fue el político honesto encarcelado injustamente porque le dijo al rey la dolorosa verdad de una España en decadencia; lo cual, hoy sabemos, no es del todo cierto. Junto a este halo de figura heroica y romántica, otra característica clave de Quevedo es la presencia pertinaz de muchas leyendas sobre él, que han resultado ser también fundamentales en la historia de su recepción. Después de haber estudiado todas las obras que lo han presentado como personaje de ficción a lo largo de los años, además de la forma en que los libros de texto lo han presentado a los estudiantes en España desde 1850 hasta 1990, ahora me centraré en la forma en que los biógrafos han operado a fin de mantener o negar todas esas leyendas.

La mayoría de esas leyendas fueron creadas por un historiador italiano que residió en España durante la segunda mitad del siglo xvii, el abad Paolo di Tarsia (1619-1665). Tarsia fue contratado por el sobrino de Quevedo después de la muerte del poeta, y muchos expertos han llamado a su biografía una auténtica hagiografía. No se puede exagerar aquí la cantidad de patrañas que despliega: bastará con mencionar que Tarsia asegura que después de diez años abrieron el ataúd de Quevedo y encontraron su cuerpo absolutamente incorrupto. En este sentido, el ensayo analiza las biografías desde Tarsia hasta el presente, con el fin de señalar la evolución de la imagen pública de Quevedo para muchas

generaciones de hispanohablantes, creando así un manual detallado de todos los cambios a lo largo de los siglos y sus consecuencias, o posibles influencias, tanto en los escritores que escribieron ficción sobre él, como en el público en general a quien le encantaba consumir historias sobre él. Explicaré cómo justifican o adoptan, o por el contrario, cómo combaten y niegan, esas leyendas, y habrá que terminar este ensayo planteándonos la ineludible pregunta: por qué existe una resistencia tan feroz a actualizar la biografía de Quevedo, y por qué los expertos no logran convencer al gran público.

Una somera descripción previa de todas estas biografías asume la existencia de rasgos comunes a la mayoría de ellas: una creatividad desaforada (digámoslo de esta forma, por emplear un léxico amable con la picaresca, la cara dura y la golfería de muchos autores) y una cierta obsesión por rellenar todo lo que se desconoce (recreación de diálogos imposibles, descripciones de objetos que nadie ha visto nunca, topotesias y ambientes utópicos, o que sólo existieron en la imaginación del biógrafo). Parece además existir una relación entre la necesidad de rellenar y la formación académica del autor de la biografía: a mayor formación académica, parece haber menor necesidad de rellenar. Por otro lado, la manipulación política es tanto una de las características de Quevedo como una de las características de quienes se interesan por él, y no nos sorprenderá que en tiempos de opresión y falta de libertades toda la investigación académica vaya en el sentido que más se identifica con la ideología del régimen opresor[1]. Este ensayo no puede ser exhaustivo; veremos tan sólo una selección incompleta de biografías y de aportaciones a la biografía de Quevedo. Además, veremos la selección de manera cronológica, aunque algunos de estos expertos publicaron durante un período extenso de tiempo, por lo cual su inserción temporal exacta es complicada.

Empecemos recordando cuáles son las doce leyendas apócrifas de Tarsia sobre Quevedo[2]: su nacimiento hagiográfico; las leyendas de infancia y juventud —consiguiendo un doctorado a los quince años (falsedad rebatida por Aureliano Fernández-Guerra, Marcelino Menéndez Pelayo, José Manuel Blecua y Pablo Jauralde); vivir libre de intereses económicos o políticos —es decir: él no quería, pero le obligaron; le ofrecieron oportunidades de soborno o cohecho y las rechazó, incluída la Embajada de España en Génova; la leyenda de la espada y el maestro Pacheco, rechazada por Pablo Jauralde y Alberto Bomprezzi— a la que debemos añadir la sub-leyenda del Capitán Rodríguez, a quien reta en plena calle, y aunque casi lo mata, luego ambos se hacen amigos; matar a un guepardo en una calle de Madrid, de noche y a oscuras; la

1. Véanse al respecto el magistral artículo de Alfonso Rey, 2010, donde analiza la evolución del uso del poeta que hacen las diferentes épocas; y el estupendo artículo de Enrique Serrano Asenjo, 2014, donde estudia cómo tres de estos biógrafos usan a Quevedo para, en realidad, hablar de ellos mismos.

2. Ver De Patricio, 2020, pp. 24-36.

leyenda del Jueves Santo: matar junto a una iglesia a un hombre que había maltratado a una dama e huir a Italia —rebatida por Luis Astrana Marín y Pablo Jauralde; las leyendas de su estancia en Italia —el que lleva preso 24 años, el homosexual, el letrado asesino, la amante italiana, Masianelo, la monja, los hugonotes, la herencia del hijo noble; la leyenda de la Conjura de Venecia, de la que escapa disfrazado de mendigo —rebatida por Ángel González Palencia, Carlos Seco Serrano, Luis M. Linde, James Crosby y Pablo Jauralde; casarse muy enamorado con doña Esperanza; la leyenda de la servilleta: verse encarcelado durante años en San Marcos de León por escribir un poema satírico y dejarlo bajo la servilleta del rey —rebatida por José Manuel Blecua, James Crosby, John H. Elliott, y Pablo Jauralde; leyendas *ante-mortem* —la música del entierro, los tres días y las tres horas; y leyendas *post-mortem* —el virrey de Perú, las espuelas de oro, el cadáver incorrupto. A estas doce categorías hay que añadir los chistes y chascarrillos —el plato sin gallina, la monja italiana, las bromas sobre sus pies.

1648. José González de Salas. *El Parnaso español*

José Antonio González de Salas (1588-1654) fue un escritor y humanista madrileño, de familia de alta alcurnia, que recibió la educación propia de un príncipe y llegó a alcanzar un imponente dominio del latín, el griego y el hebreo. Publicó un buen número de obras sobre Petronio, Plinio el Viejo, y la *Poética* de Aristóteles. Marcelino Menéndez Pelayo lo calificó de «tétrico», «tortuoso» y «misántropo» (247), y resulta evidente que carecía de toda originalidad o ímpetu creador propio, aunque su erudición era muy sólida y tal vez por eso Quevedo y él se hicieron amigos. No obstante, tras su última prisión, la relación fue abandonada por el poeta.

Tan sólo tres años después de su muerte, en 1648, el erudito y el sobrino de Quevedo, Pedro Alderete, editan *El Parnaso español o las nueve musas de don Francisco de Quevedo*[3]. Aunque Astrana Marín afirmaba que «González de Salas esparce datos biográficos en los prólogos de las seis primeras musas» (12), es una afirmación algo exagerada. Es cierto que describe a su antiguo amigo Quevedo como un gran políglota (I, 9), y que defiende sus escritos con fervor: «Quien en ellos no reconociere esta fecundidad superior y rara, muy turbado ha de tener el órgano

3. Manuel Ángel Candelas Colodrón afirma que el comentario del sobrino de Quevedo en el prólogo del *Parnaso español* puede evidenciar su insatisfacción con la biografía de Tarsia. Tanto Candelas Colodrón como Felipe Pedraza y Alessandro Martinengo observan que el discurso de Tarsia pertenece al género hagiográfico (380). Sin faltar los inicios de origen noble y los milagros *ante-mortem* y *post-mortem*, «que sin duda contribuyen a una divinización pagana del poeta» (380). También apunta que el interés del italiano puede deberse entre otros motivos a conseguir «una posición o un lugar dentro del campo intelectual y literario del momento» (381).

del juicio» (I, 12). También es cierto que abusa de la oscuridad verbal. Como dijimos, Menéndez Pelayo le llamaba «tétrico» o «tortuoso», y podemos observarlo en frases sobre Quevedo como ésta:

> El buen caballero (no se puede negar) fue rígido y crudo; aunque en la verdad (y esto es cierto también) no sólo de mitigado veneno, sino casi ninguno, no empero hizo estima de que a esta benignidad suya se persuadiese el mundo (I, 16),

donde el lector actual puede devanarse los sesos intentando desentrañar qué demonios estará intentando decir o callar este señor. Otro dato biográfico que esparce González de Salas es que su amor se llamaba Luisa:

> *Lisi* y *Lisida* nombra don Francisco a la dama suya; y conforme a la costumbre común, que ninguno en esto ignora, Luisa: parece que se debería llamar, si ya no fuese más distante el nombre, y con cautela (I, 260),

algo que parece remitir a Luisa de la Cerda, hija del Duque de Medinaceli. También lamenta haber perdido su amistad: «Mucho de esto [mi comunicación con él] destempló su prisión última, y la quiebra de su salud, que desde entonces le fue enemiga hasta su muerte» (II, 8). Por tanto, es el sobrino quien reporta más datos; por ejemplo, explica su bibliomanía: «mesa con ruedas para estudiar en la cama, para el camino libros muy pequeños, para mientras comía mesas con dos tornos» (III, 7). Ninguno de los dos habla de la razón de su «última prisión» en San Marcos, negando lo evidente: «En su corazón no tuvo enemigos ni deseo de vengarse de ellos» y «no buscó puertos ni los quiso» (III, 11). El sobrino de Quevedo insiste en que su tío se negó a ser sobornado, y si alguna vez estuvo en Venecia fue porque se lo mandaron. También añade leyendas *ante-mortem:* tres días antes de su muerte dijo que eran las últimas cartas que firmaría, y repite la leyenda del médico y las tres horas; así como la leyenda *post-mortem:* sacaron su cadáver incorrupto a los diez años (III, 13). La obra de González de Salas aporta, por tanto, muy poca cosa a la de Tarsia y a la biografía de Quevedo

1720, 1772, 1795. Colecciones de poesías de Quevedo

Durante el resto del siglo XVII y la mayoría del XVIII, las fuentes comúnmente aceptadas por todos serán Tarsia, Pedro Alderete y González de Salas. Incluso las ediciones de 1720, *Obras posthumas y vida de don Francisco de Quevedo,* y la de 1772, *Obras de don Francisco de Quevedo,* directamente imprimen la obra de Tarsia entre sus páginas. A finales de ese siglo, en 1795, se publica una *Colección de poesías escogidas de don Francisco Gómez de Quevedo,* donde el prologuista anónimo realiza una labor de síntesis mezclada con algunas raciones de su propia cosecha. En el prólogo se relatan los orígenes nobles de Quevedo, y varias le-

yendas. Por ejemplo la de los quince años: «Estudió Filosofía, ambos Derechos, y Teología, en la cual se graduó en la Universidad de Alcalá a la edad de 15 años» (3). Y la leyenda del Jueves Santo: «por una cierta riña en que dejó mal herido a su contrario, pasó a Italia» (3). Por descontado se apunta la leyenda de la prisión en San Marcos, incluso con error en el año:

> habiéndosele atribuido cierto escrito en verso o libelo infamatorio, se efectuó su última prisión en Madrid en 1641, a las once de la noche, embargándole toda su hacienda y papeles, y trasladándole al Convento de San Marcos de León, donde permaneció hasta que aclarada su inocencia fue puesto en libertad (4).

El lector actual puede legítimamente preguntarse: pero ¿aclarada su inocencia?, ¿de qué?

Lo más inesperado para nosotros son los extraños ataques del prologuista anónimo contra el poeta:

> Su gusto no era de los mejores, lo que puede verse en todas sus composiciones en general, en las cuales reina principalmente una especie de agudeza, que tan solo consiste en un mero juego de vocablos o equivoquillos, las más veces ridículo y pueril (5).

Extraña forma de vender un producto. Es más, el prologuista o editor admite que posiblemente «cause extrañeza que habiendo en la nación otros poetas mejores que Quevedo, nos hayamos dedicado a arreglar esta colección» (6). Al final admite que la motivación para editarlo es, como podíamos imaginar, de naturaleza crematística: «la mucha aceptación que gozan en el público las obras de este autor, como se ve por las repetidas ediciones que se hacen de ellas». No debemos escandalizarnos. Tal vez necesitemos recordar lo que los neoclásicos del XVIII opinaban del Siglo de Oro y del Barroco.

1842. Eugenio de Ochoa. *Obras escogidas*

Toda esta escasez sobre la vida del poeta va a cambiar drásticamente al llegar el siglo XIX. En 1842 se publica en París *Obras escogidas de don Francisco de Quevedo y Villegas, con notas y una noticia de su vida y escritos,* una edición al cuidado del crítico y erudito Eugenio de Ochoa dentro de una *Colección de los mejores autores españoles antiguos y modernos* para el editor Louis Claude Baudry. Eugenio de Ochoa (1815-1872) fue un escritor, editor y traductor que vivió a caballo entre París y Madrid, y realizó una importante labor de diseminación del Romanticismo desde las páginas de varios periódicos y revistas españolas. Fue académico de la lengua y consejero de estado, aunque hubo de exiliarse por razones políticas en varias ocasiones. En su madurez llegó a ser diputado y director de Instrucción Pública.

La biografía que redacta como introducción a su antología encierra tanto hipérboles como prejuicios. Es una hipérbole llamar a Quevedo «el hombre superior» (vii). A pesar de lo cual, Eugenio de Ochoa también muestra sus prejuicios: «Quevedo no puede proponerse como modelo a la juventud […] porque sus extravíos son peligrosos en extremo, y suelen tener todavía más atractivo que sus mismos aciertos» (viii). El lector no acaba de discernir si el editor estima o vitupera al poeta, pues parece mostrar una enfermiza relación de amor y odio: «Quevedo escribió tanto, y en tantos géneros, que no es extraño que no tuviese tiempo para limar sus escritos; además, es dudoso que sus retoques los hubiesen mejorado, pues su gusto no era muy puro» (ix). E insiste: «no merece disculpa cuando se desliza a pensamientos lúbricos y expresiones malsonantes». Reproduce los chistes ya consabidos (los dos reales de porte, el simple en el convento), y prácticamente da su visto bueno a todas las leyendas: la leyenda de los 15 años: «antes de la edad de quince años fue graduado de Teología en la universidad de Alcalá» (xiv); la del Jueves Santo y la huida a Italia con Osuna; o la de la Conjura de Venecia (xv). Curiosamente, menciona la embajada de Génova, pero no dice que la rechazara: «el rey le dio en 1632 el título de secretario suyo y le nombró su embajador cerca de la república de Génova» (xv). Avala también la leyenda de la boda por amor: «desengañado del mundo, apesadumbrado con la reciente pérdida de su esposa doña Esperanza de Aragón». Y, lo más grave, avala la leyenda de la servilleta con una fecha equivocada, quizá por seguir el error de la edición de 1795: «En 1641 [*sic*], suscitáronle una nueva y más violenta persecución con motivo de habérsele atribuido una composición en verso contra el gobierno» (xv). Como vemos, la biografía de Ochoa no aporta novedades, y se limita a repetir las historias de Tarsia; aunque, en su descargo, hay que admitir que, al menos, evita con elegancia mencionar ninguna leyenda morbosa, ni *ante-mortem* ni *post-mortem*.

1852. Aureliano Fernández-Guerra. *Vida de don Francisco de Quevedo*

Una década después, en 1852, se publica una obra de gran relevancia para el conocimiento del poeta: la *Vida de don Francisco de Quevedo Villegas* de Aureliano Fernández-Guerra (1816-1894). Aureliano Fernández-Guerra y Orbe fue un escritor e historiador granadino, activo miembro de la Academia Española, de la Academia de la Historia, y de las tertulias y los círculos sociales del Romanticismo en Madrid —es uno de *Los poetas contemporáneos* del famoso cuadro de Antonio María Esquivel. Además, fue secretario general de Instrucción pública durante el desarrollo y ejecución de la célebre *Ley Moyano,* nuestra primera ley de enseñanza pública y fundamento del ordenamiento legislativo en el sistema educativo español durante más de cien años. Proyectó la edi-

ción y estudio de las *Obras* en prosa de Quevedo, junto con su biografía, aunque la edición se interrumpió en el segundo volumen y falleció sin verla acabada.

Es necesario reconocer que se trata de un laborioso esfuerzo por actualizar la documentación sobre nuestro autor, y como tal merece ser puesto en valor; por otro lado, también es de justicia anotar que la obra será criticada y vapuleada por la mayoría de los expertos posteriores. Su relación con las leyendas es de un seguimiento bastante primario. Sobre su infancia, y ya que no se sabe nada sobre ella, ejercita la ya mencionada tendencia hagiográfica, que consiste en acumular páginas y páginas sobre nobles e ilustres ancestros, describiendo a su padre y madre como idealizados trabajadores de la hostelería aristocrática. Repite la leyenda de los 15 años: «mereciendo ser graduado en Teología cuando aún no contaba cumplidos quince años» (xl) y añade, no sabemos si con sorna: «por las vicisitudes de la famosa Universidad de Alcalá, se ha perdido el libro donde constaba el grado del joven teólogo». El autor insiste en aplicar una versión simplificada del psicoanálisis al poeta, algo que creará escuela y en lo que se insistirá posteriormente: «Inficionaron pues el corazón del mancebo corrompidas mujeres» (xli). Ésta es la primera biografía que comenta sus travesuras juveniles en la Universidad de Alcalá, un capítulo que traerá fructífera descendencia en las obras por venir; en especial, la pelea que el poeta mantuvo con el estudiante Diego Carrillo, a quien dejó herido «a punto de muerte», y donde ha de interceder Catalina de la Cerda, la mujer del Duque de Lerma (xli). Todas las obras posteriores incorporarán esta pelea, ampliándola con más y más detalles. También escarba más en las leyendas italianas: la amante de Quevedo fue la mujer del magnate de la corte Menardini (por estos mismos años, Francisco José Orellana reproduce con gran colorido esta historia en su novela sobre Quevedo). Más adelante añadirá más leyendas italianas porque «sus aventuras de Italia no tienen cuento» (xlii).

En una vuelta más de tuerca para diseñarle el disfraz decimonónico de espadachín, se recrea la sub-leyenda del Capitán Rodríguez. En febrero de 1607,

> un capitán llamado Rodríguez se atreve a quitarle la acera; esgrimen las espadas, hiere el capitán a su adversario en la frente, pero éste de una estocada le atraviesa el brazo derecho. Andando el tiempo fueron los dos muy amigos (xliii).

Poco después, añade la sub-leyenda de la nariz: en marzo de 1608 enferma y va a reponerse con parientes de su madre en Fresno de Torote, cerca de Alcalá, donde le dedica su soneto al muy narigudo capellán del pueblo (xliv): la nómina de posibles candidatos retratados por «Érase un hombre a una nariz pegado» llegará con el tiempo a

hacerse muy larga. Además, al recrear la leyenda de Pacheco, el autor cae en la dramatización: «Exáltase Don Francisco y grita: "¡Saque vuestra merced la espada y dígame todo eso con las manos!"» (xliv). Aparece la leyenda del Jueves Santo: un 21 de marzo de 1611, en la iglesia de San Martín, mata a un hombre y huye a Sicilia con Osuna. En uno de sus viajes desde Italia a España, se recrea la sub-leyenda de los hugonotes: «fue preso en Montpellier por los hugonotes, que, dentro de tres días, con buenas palabras y no mal tratamiento, le soltaron» (xlviii).

Con cierta acritud, el autor reprocha a Quevedo no haber homenajeado merecidamente a Cervantes cuando éste fallece en 1616: «no tuvo ni siquiera una flor que arrojar sobre la tierra que oprimía los restos de Miguel de Cervantes» (xlix). Este aspecto presenta una cierta ambigüedad, pues, como sabemos, en las obras con Quevedo como personaje de ficción hay desacuerdo: algunos autores lo muestran como un gran amigo del manco de Lepanto y otros lo describen con indiferencia o hasta inquina hacia Cervantes. Sobre las leyendas italianas, Fernández-Guerra se limita a transcribir los mitos de la hagiografía: «El biógrafo Tarsia refiere los siguientes» (l). A saber: el que lleva preso 24 años, el homosexual quemado, el abogado asesino, el fraile y el clérigo asesinos, el hijo con la herencia y los jesuitas. Curiosamente, le reprocha exceso de celo: «Fue perseguidor implacable de malhechores y mortal enemigo de mentirosos; pero atropellaba las leyes cuando creía que eran embarazo de la justicia» (l). También resulta muy curioso que Fernández-Guerra llegue a pormenorizar hasta en los más ínfimos detalles todo cuanto el rey y Quevedo hablaron en su conferencia secreta (lii). ¿Cómo lo sabrá? Al llegar a la leyenda de Venecia, «aquella república ramera» (liii), reproduce la historia de Tarsia añadiendo arrebatos líricos:

> Libró Quevedo por un milagro la vida. Con hábito de mendigo, todo haraposo… salió de la ciudad. ¡Cuántas veces le estremecería el murmullo del viento y el choque de las olas, remedando voces humanas de persecución y muerte! Cuántos riesgos que arrostrar, cuánto que vencer, hasta pisar las risueñas y floridas riberas de Nápoles (lvi).

Corrige a Tarsia, que decía que Jacques Pierre era «un español genízaro».

Es preciso mencionar que Fernández-Guerra reproduce un par de escenas de un modo llamativamente similar a como aparecen en las novelas que se estaban publicando en esos mismos años. Una de ellas es la escena en la que Rodrigo Calderón sorprende al poeta enseñándole la carta escrita por el mismo Quevedo, carta que Osuna ha mandado a Calderón, traicionándole (para que Calderón vea las terribles invectivas que Quevedo dice de él). La otra es la conversación entre Quevedo y Uceda, en la que aquel le reprocha haber permitido que las maledicencias sobre Osuna hayan llegado a oídos del rey. Ambas escenas son muy teatrales, en especial la primera, y parece obvio que nadie pudo llegar

a presenciarlas. Por tanto, podemos sospechar, pero no asegurar, que fuera influido por esas novelas, como la de Orellana, en las que ambas contienen muchos pormenores narrativos y «creativos».

Se ahonda en la leyenda de su desinterés de la política, especialmente con Olivares: «Hízole el Conde-Duque repetidas instancias para que entrase en el despacho de los negocios y papeles más importantes del reino; pero no fue posible se prestase a echar sobre sí tan grave carga. Ofrecierónsele puestos, y no los admitió tampoco» (lxii). Se reproduce la leyenda de la boda por amor: Esperanza de Cetina era

> un diamante olvidado en los campos que fertiliza el Jalón, como está olvidada la gota de rocío en el cáliz de una azucena… quedó cautivo el caballero… y en La Torre de Juan Abad recibió la amarga y no esperada nueva de la muerte de su esposa: golpe que desgarró su corazón (lxv).

Como podía vaticinarse, se plasma la leyenda de la servilleta, con la explicación arenosa de que, por culpa de *Los Monopantos,* y el *Pater Noster,* a Quevedo se le atribuían cuantos libelos circulaban. El rey «cuando se sentaba a la mesa uno de los primeros días de diciembre de 1639, halló en la servilleta el *Memorial* en verso» (lxxi) y se inventa la reacción de Olivares: «"Estoy perdido", exclamó el Conde-Duque, "pero ¿cómo allí aquel escrito?" ¿Quién se le oponía frente a frente con tal audacia? Una mujer ofendida lo descubrió todo» (lxxii). Lo más pintoresco del asunto es que el propio Fernández-Guerra se extraña, al mismo tiempo, de que el *Memorial* haya circulado luego sin problemas:

> el librero Pedro Coello estampó como de don Francisco sin ponerlo en duda, el *Memorial,* y ni los tribunales, ni los áulicos, ni el Monarca tuvieron reparo en que corriese de molde un papel que tanto había, nueve años atrás, irritado los ánimos de todos (lxxii).

Resulta llamativo que no caiga en la cuenta de que quizá era porque ni era de Quevedo, ni había habido ninguna servilleta, ni ese poema tenía la culpa de su prisión.

De hecho, se niega a considerar la posibilidad que, hoy sabemos, fue la más real: «con indignación súpose el caso a la mañana siguiente sin que pudiera reprimir el enojo del vulgo la especie que se puso cuidado en extender, de que estaba el satírico vendido a los franceses» (lxxiii). Tras la caída de Olivares, Quevedo es liberado, y Fernández-Guerra vuelve a criticar al autor de su base de datos: «Tarsia comete el craso error de atribuir al *magnánimo corazón* del Conde-Duque la libertad de Quevedo» (lxxvi).

Al regresar Quevedo a La Mancha, el lirismo del autor se vuelve exacerbado:

> A los blandos soplos de la primavera reanimose el enfermo. Parecíale revivían sus fuerzas, que los dolores calmaban. Salió al campo, y el aire libre y el hermoso espectáculo de la naturaleza en todo su esplendor y lozanía derramó en su corazón bálsamos de dulces esperanzas. ¡Cuán pronto vendrían a desvanecerse! Quien resistió las inclemencias de enero, tuvo que sucumbir al violento fuego del estío. En la lucha del alma que va a desprenderse del cuerpo, todos los recuerdos de la vida agolpábanse a la mente del poeta. Ya en su delirio escucha las olas de los embravecidos mares, acaso menos fieros que la deshecha borrasca de su fortuna; ya de los calabozos le aterran las medrosas paredes; ya respira en la soledad de aquellos desiertos, entre los silvestres árboles, libre de enemigos, de codicioso afán y ambiciosa locura (lxxvii).

Se acerca la muerte del poeta, y el autor reproduce las consabidas leyendas *ante-mortem:* las últimas cartas que firmaría, y las tres horas o días del médico. Las leyendas *post-mortem* son las espuelas de oro y el cadáver incorrupto a los diez años de enterrado. Después de fallecer, aún recuerda la leyenda de la onza o guepardo (lxxx). Igual que el novelista de folletines y novelas por entregas Antonio de San Martín se quejaba, en sus novelas inventadas sobre Quevedo, de que otros inventaran en formatos inferiores al suyo, Fernández-Guerra se atreve a mentar la soga en la casa del ahorcado: «Los más de los chistes que se cuentan de Quevedo son apócrifos: citemos algunos verdaderos» (lxxx). Y como ejemplo de «chistes verdaderos» nos cuenta unos mencionados por Tarsia (el otro pie más feo, y la música del entierro), pero también otros que debió de leer en alguna de las recreaciones ficcionales de Quevedo que ya circulaban por aquellos años (Escosura, Gil y Zárate, Sanz, Bretón, Orellana), además de los versos de «vienes a quedar Juan Pérez», y los de «si leyese a Montalbán» (lxxxi).

A Aureliano Fernández-Guerra le debemos haber sido el pionero que quiso modernizar el conocimiento sobre la vida de Quevedo y superar, después de dos siglos, al abate Tarsia. Los demás expertos que publiquen en el siglo xix le darán cumplido reconocimiento por ello. No obstante, su obra se vio claramente superada en el siglo xx por biógrafos con método científico.

1886. Ernest Merimée. Ensayo sobre la vida de Francisco de Quevedo

Unas tres décadas después se publica el *Ensayo sobre la vida y la obra de Francisco de Quevedo* del hispanista francés Ernest Merimée (1846-1924). Ernest Merimée, sobrino de Prosper Merimée (autor de la novela *Carmen*, que sirvió de inspiración para el libreto de la ópera homónima de Georges Bizet), fue un conocido catedrático de la Universidad de Toulouse en Francia, y el fundador del Instituto Francés

de Madrid. Publicó muchas obras en torno a la literatura española: sobre el Romancero, *Las mocedades del Cid,* y una amplia *Historia de la literatura española* en francés.

No resulta fácil para un español actual leer este ensayo. En primer lugar, porque la obra no se ha traducido nunca al castellano; de ahí que en este texto todas las traducciones del francés sean mías. En segundo lugar, porque, en el siglo XIX, España había entrado en una clara decadencia. El resultado es que el objeto de estudio se nos aparece aquí envuelto en una gruesa capa de subestimación que puede poner a prueba la paciencia de algunos lectores: «España es víctima de una especie de desdén contra el que sería presuntuoso querer reaccionar», un desdén por otra parte justificado porque España es «una nación que ha luchado durante mucho tiempo contra una decadencia cuyo fin todavía no vemos con claridad» (9). España es, así, un pobre país que sobrevivió al «triste reinado de Felipe II» (30).

El beneficio que debe reconocérsele a Merimée es sobre todo el intento de sistematizar el conocimiento, y de poner en duda, mucho más que Fernández-Guerra (al que conoce bien y cita con frecuencia), los datos poco documentados. Por ejemplo, su relación con Tarsia es muy crítica; aunque a menudo se apoya en su trabajo, no acepta todo lo que escribió el italiano, porque «comete errores obvios» (16). Un buen ejemplo es la infancia y juventud de Quevedo: Merimée se niega a caer en la leyenda quinceañera: «Tarsia sacó a Quevedo de la Universidad a los quince años», pero explica que esto es inverosímil porque los registros que él ha podido consultar no muestran eso: su expediente universitario abarca del 20 de octubre de 1596 hasta el 31 de diciembre de 1600; es decir, Quevedo estudió en la universidad de Alcalá de los 16 a los 20 años. Sin embargo, su crítica a Tarsia va mucho más allá:

> Tarsia coloca en 1641 la fecha del último encarcelamiento, confunde Agustín con Jerónimo de Villanueva […] su biografía es muy mediocre: no sigue ningún orden cronológico, abundan las repeticiones y divagaciones, incluso las contradicciones; el autor practica un parloteo destemplado, el mal gusto del siglo (16).

El autor francés opina que hay que esperar a Fernández-Guerra para leer un estudio realmente crítico (17), una afirmación bastante acertada. Además, reconoce los límites de la escasez de datos, en lugar de inventarlos:

> Quisiéramos encontrar en las obras de Quevedo algunos detalles de esos primeros años, naturalmente un poco obsoletos, pero rara vez evoca estos recuerdos de la infancia […] Nunca nos encontramos bajo su pluma ni el nombre de su madre ni los de sus hermanas […] En cuanto a su tutor, me temo que sólo aparece en las Cuatro Plagas, bajo la rúbrica de Avaricia (22).

Resulta positivo que huya de aquellas leyendas apócrifas y se centre en la documentación que realmente existía. En la universidad Quevedo se pelea con Diego Carrillo: «el herido se recuperó, y el asunto fue silenciado, gracias al Duque de Medinaceli, que ya estamos viéndose interesado por Quevedo» (29).

Después de la etapa de Valladolid,

> Quevedo se inscribió entre los miembros de la congregación del Oratorio de la Calle del Olivar. Esta congregación, que aparentemente tenía un solo objetivo de piedad, estaba compuesta, en su mayor parte, por grandes señores y hombres de letras, entre los cuales se estableció una especie de igualdad (Cervantes, Barbadillo, Espinel, Lope, Pellicer, Sotomayor, Silveira, Solórzano, González de Salas) (45).

Estas palabras están basadas en datos recopilados con rigor y aportan un atisbo de comprensión hacia materias de antigüedad y complicación. Sin embargo, no debemos exagerar nuestras expectativas: pronto también Merimée empieza a reproducir leyendas, como la del ex rival camarada: «Una noche, en la calle Mayor, se encuentra con un cierto Capitán Rodríguez […] comienza la pelea; el capitán recibe una lesión que el tiempo ayuda. Andando el tiempo fueron los dos muy amigos» (45).

Posteriormente llegamos a la leyenda del Jueves Santo de 1611 y Merimée se limita a copiar el texto de Tarsia, aunque añade la siguiente frase: «sería también a raíz de un duelo que Cervantes emprendiera su viaje a Italia» (46)[4]. Este proceder de Merimée representa un gran avance; reproduce las fábulas de Tarsia cuando no tiene mejor opción, pero deja la puerta abierta a otras interpretaciones. Define a Osuna y sus métodos como una «mezcla de sentido común y extravagancia» (54). Ya en Nápoles, Quevedo «se hizo cargo de las finanzas: justicia, cárceles, cuentas» (60). No son muy de su agrado algunas de las leyendas italianas; reprende (y con razón) al sobrino del poeta: «no está muy atento y se le escapa alguna indiscreción: *cuando mi tío estaba en Nápoles con el duque, se enamoró de la mujer de un señor de la Corte, llamado Mernardini*» (63). Además, deja abierta la posibilidad de que Quevedo haya viajado alguna vez a Alemania (67).

Sobre la leyenda de Venecia, Merimée primero transcribe a Tarsia: «En los últimos días de mayo de 1618, partió de Nápoles en secreto y se fue a Venecia. Entró, volvió vestido disfrazado… cubierto de harapos como un mendigo» (73). No obstante, admite que Quevedo siempre defendió su inocencia, aunque afirma que el poeta podría haber respondido «a los venecianos para explicarles lo que había ido a hacer en Venecia, y por qué había entrado tan misteriosamente. Pero en este punto, no suelta una palabra. No habló de ello de buena gana, dicen sus

4. Los expertos actuales, como Pablo Jauralde, nos han explicado que esta patraña se repitió en las biografías de muchos otros personajes famosos: «un tópico más en las biografías de los héroes», como Cervantes o el Duque de Estrada (p. 298).

biógrafos» (74). Y se pregunta, para volver a lamentar la falta de datos: «¿Por qué todo el misterio? ¿Por qué tantas precauciones, más dignas de un conspirador que de un diplomático? Esta aventura queda inexplicable […] pero ¿existió realmente esta famosa conspiración?» (75).

Sobre Osuna, afirma que «soñaba con ceñir la corona de Nápoles» (77), que «sus medidas ilegales o torpes, y algunas palabras imprudentes dejaron sospechas en su lealtad» (79), y hacen que Quevedo regrese a España: «Entonces Quevedo, sin salvar a su amo, se perdió a sí mismo. Sabía demasiados secretos; era incómodo y podía volverse peligroso. Además, le faltaba la flexibilidad necesaria y fue imprudente» (80), pero «estaba escrito que la amistad de Osuna iba a ser fatal para Quevedo» (83).

Al describir la polémica sobre el Patronato, se desliza una cierta pedantería: «El enjambre de sermones sobre Santiago y Santa Teresa inundó el país […] A nosotros, tanto la erudición de unos como la ingenuidad de otros nos parecen conmovedores» (104). Incluye la historia de la Embajada de Génova (116). Y no se acaba de entender muy bien por qué recurre a la insolencia de tachar al poeta de mentiroso: «Quevedo dice en el prefacio [del *Marco Bruto*] que fue escrito ocho años antes de su encarcelamiento. Está mintiendo» (117). No parece muy justificado el insulto, pero recae varias veces:

> Está mintiendo. Este misógino, este despiadado burlador de las desgracias del matrimonio, Quevedo, finalmente se casó […] La leyenda asegura que fue víctima de una conspiración liderada por la Condesa de Olivares. Había escapado de la Conspiración veneciana, pero iba a sucumbir a ésta (119).

Merimée reproduce la leyenda de Pacheco, y la leyenda del guepardo —aunque él dice que fue una pantera (121). En contraste, duda de que su boda fuera feliz a pesar de lo que dice el italiano, porque «Tarsia habla como si los hubiera visto» (a los cónyuges) (124). Al describir a los enemigos del poeta habla de Jáuregui, pero admite que nunca pudo leer la obra *El retraído* (126), y enumera una lista de obras sobre política que podrían haber enojado a Olivares y podrían explicar su prisión, justificando así al Conde-Duque (131).

Merimée parece creer la leyenda de la servilleta: «el rey, sentándose a la mesa, encontró debajo de la servilleta un trozo de papel» (132). Pero duda de su autoría: «¿Quién fue el autor de este *Memorial?* Los contemporáneos están divididos en este punto. Olivares no lo dudó: fue a por el cuello de Quevedo» (133). Para el francés, la única objeción seria a que el *Memorial* sea de Quevedo es Tarsia, que lo pone en duda (asegura en su obra que Quevedo lo negó muchas veces). Al resumir, sentencia cuidadosamente: «El encarcelamiento del escritor fue causado por difamación contra el rey y contra el favorito» (134). Reproduce las leyendas *ante-mortem* y *post-mortem,* pero, como ya hemos visto, nunca cree en él a ciegas:

> Tarsia insinúa incluso que don Francisco murió en olor de santidad, y él relata diversas anécdotas en las que parecería que el autor de *Los Sueños* produjera milagros después de su muerte. El buen abad tiene demasiada imaginación. Quevedo no fue un hombre santo, aunque al menos fue honesto (141).

En suma, la obra de Merimée se añade a la de Fernández-Guerra para promover un acercamiento con mayor rigor la vida del poeta, y dejará profundas secuelas; pero sin duda es mucho más crítico con Tarsia que otros expertos, y es el primero en bajarlo seriamente del pedestal, algo que a la larga será muy beneficioso.

1922. Julián Juderías. Don Francisco de Quevedo

Comenzamos el siglo xx con un trabajo continuista. Julián Juderías (1877-1918) fue un historiador, periodista y traductor madrileño, trilingüe desde su infancia, que traducía artículos desde 16 lenguas distintas. Gran viajero y muy cosmopolita, publicó, además de traducciones y artículos, obras sobre historia, sociología o política, y se le recuerda en especial por haber sido el gran divulgador de la expresión «la leyenda negra española».

Juderías publica su biografía adoptando una surtida selección de leyendas que beben de su primera fuente, Tarsia. Encontramos la leyenda de Venecia (149) con un Quevedo previsiblemente disfrazado de mendigo. También encontramos la leyenda de la servilleta (157); la leyenda del Jueves Santo de 1611 (142); las leyendas en torno a su prisión: «En *Monopantos* y en el famoso *Memorial* es donde hay que buscar las causas de la prisión de Quevedo» (163); y las leyendas *ante-mortem*, como las tres horas y los tres días (171). Como dijimos, es una biografía muy continuista y no aporta mucha novedad.

1928. René Bouvier. Quevedo, hombre del diablo, hombre de Dios

René Bouvier (1883-1954) fue un ensayista francés que publicó obras sobre Balzac, Farinelli, Quevedo, y sobre aventuras de exploradores coloniales. Además de sus ensayos sobre literatura, tuvo una gran dedicación al mundo empresarial: fue director de fábricas de carburo de silicio, electroquímica, celulosa y papel. De hecho, fue el presidente de la empresa de papel de Indochina y estuvo involucrado en negocios de caucho en Asia, y en una enorme cantidad de empresas de exportaciones de materias primas. Llegó a ser Consejero del Comercio Exterior de Francia, y Caballero, y luego Oficial, de la Legión de Honor. Vemos por tanto que se trata de un ensayista no académico, y con unos intereses materiales muy heterogéneos. Además, debemos recalcar que el título de su obra sobre Quevedo no es tan original, pues uno de los libros que le dedicó a Balzac ya mostraba un título similar: *Balzac, hombre de negocios*.

Mencionamos anteriormente que la lectura de Merimée podía ser difícil para un lector español actual. La lectura de René Bouvier puede ser aún peor, pero no por el idioma, pues contamos con una buena traducción, sino por la enorme cantidad de errores, infundios y barbaridades con las que salpica su texto. Bouvier reproduce la leyenda de que Quevedo «rehúsa puestos y favores» (9), aunque al menos reconoce su desbocada pasión: «Siempre dispuesto a tirarse a fondo, a abalanzarse, sin cuidarse para nada del escándalo, pretende en todo instante saltar sobre la escena e intervenir personalmente en el juego» (10).

Apoya la leyenda de la servilleta: «No titubea y arriesgando su libertad, quizá su vida, desliza bajo el plato de Felipe IV la diatriba más violenta que se haya osado nunca contra un ministro en pleno favor» (11). En su opinión, la cárcel en San Marcos de León se debe a que, en su *Memorial,* Quevedo se atreve a «pintar toda la piojería de una España descompuesta moralmente por el oro» (13), una «España anormal e inquietante que se mueve arruinada por su riqueza en los desiertos de Castilla» (14).

Empezamos a notar la deriva y la sobreactuación de Bouvier («piojería», «anormal», o «arruinada por su riqueza» acaso no sean expresiones que aporten mucho al conocimiento historiográfico). Y con frecuencia se nos muestra muy osado: «Es probable que el célebre cuadro de Velázquez *Los borrachos* haya sido inspirado por una poesía de Quevedo» (14). Sin embargo, llegados a cierto punto no podemos silenciar más la incómoda verdad. Bouvier nos revela un antiespañolismo furibundo e irritante: «El soldado español destrozó dos de las civilizaciones más curiosas y ricas del planeta: la del Islam, que reinaba en Córdoba y Granada, y la que florecía en los reinos de Atahualpa y Moctezuma» (19). A nuestro país le achaca las siguientes prendas: fanatismo, locura y robo (a judíos, musulmanes, aztecas e incas; y llama a España «ladrona»); añade además que los españoles estuvieron «sacrificando millones de vidas humanas [*sic*] en las minas» (22). El autor se atreve a afirmar auténticas majaderías como la siguiente: «América, donde a despecho de su admirable fertilidad, nada se ha cultivado» (22). Describe a los españoles que regresan a su país de un modo muy negativo: «los indianos repatriados se organizan en bandas de asaltantes o estafadores que habitan en los garitos o mancebías» (25). Bouvier dibuja un país subdesarrollado y analfabeto, poblado por unos salvajes que llevan una vida de vicios, pereza y cochambre. Habrá que convenir en que ésta es simplemente su opinión; sin embargo, no hay razón alguna para respetar sus calumnias. Entre otras muchas barbaridades, afirma que Madrid es una leonera que sólo tiene «casas miserables de un solo piso» porque «tiránicas disposiciones ordenan poner un piso al servicio de la Corte si poseen más de uno» (27). Esto es simplemente falso. Pero además asegura que Madrid tiene «calles de repelente suciedad, que sólo las limpian los aguaceros», y que desde las ventanas los madrileños se dedican a arrojar basuras, excrementos y desperdicios. No solamente

estas frases carecen de valor investigador alguno y no aportan nada al conocimiento de la vida de Quevedo; es que además hacen que el lector español actual se pregunte: pero ¿en qué país habrá estado este buen hombre? Y ¿en qué siglo?

Sobre la infancia del poeta, Bouvier cae en el tópico de adivinar lo que no conocemos: «Quevedo no tuvo juventud» (37). Porfía en el recurso a psicólogo aficionado: Quevedo no habría sido «violentamente misógino si una madre se hubiese inclinado sobre él» (38). Ahonda en el machismo del poeta al referirse al patronato de santa Teresa: «Si lucha con ahínco para que santa Teresa no sea patrona de España, es porque ella ha cometido a sus ojos el error irreparable de no ser más que una mujer» (39). Sin embargo, no comparte la leyenda de doctorarse a los quince años, y consigna que de los 16 a los 20 completa estudios en la Universidad de Alcalá. De repente, su hispanofobia se cuela una vez más en el relato y aprovecha para criticar la enseñanza universitaria española: «el horizonte intelectual de las universidades españolas sigue cerrado» (42). De modo sistemático, todo lo va a relacionar y comparar con Francia y los franceses: Quevedo tiene «una curiosidad *voltairiana*» (43). Pero esto no debe confundirse con ningún elogio: «Quevedo concluye su vida arrodillado [*sic*]» y es «irascible, rencoroso y vengativo» (45). Como sabemos, en Alcalá hiere a un estudiante, pero interviene Medinaceli, y el autor no desaprovecha la ocasión para seguir chinchando e inventando: «[Quevedo] está presto siempre a sacar su espada por el más mínimo altercado» (46).

Tampoco cae en la leyenda de Pacheco y la espada, aunque matiza: «el duelo no tiene lugar, pero el maestro de armas nunca le perdonará» por haberle retado (46). Acorde con su obsesión nacionalista, además de achacar a Quevedo una «curiosidad *voltairiana*», todo lo relaciona con su país: la risa de Quevedo «no es franca, como la de Rabelais» (51); o cuando el poeta describe «la vida de la Corte y los oficios entretenidos en ella, ¿no hace pensar en La Bruyere?» (52); o cuando describe su estilo: «Quevedo, en ciertos rasgos, se siente algo al modo de Balzac» (81). En cualquier caso, el autor no deja nunca de insultar a los españoles: «Quevedo comparte con sus compatriotas la ausencia de espíritu práctico y el desprecio por las ciencias» (59); a los madrileños «les gusta el olor a excrementos», y Quevedo, como todos los españoles, «odia el trabajo» (82). La obcecación resulta un poco monótona.

No obstante, en cuanto a las leyendas, las pone en cuarentena, como cuando refiere la razón que lleva a Quevedo a Italia; se limita a consignar: «El abate Tarsia, su biógrafo, cuenta la leyenda del Jueves Santo» (88). La «estrecha colaboración con Osuna» le convierte en un «agente de una política brutal y tortuosa en Italia» (93). Y si los españoles y los italianos se entienden bien es porque comparten «superstición, gusto de espectáculos y pereza inveterada» (93). Se suceden muchas páginas describiendo las fiestas y celebraciones de Nápoles, acaso con cierta envidia.

A partir de aquí, Bouvier recae en las leyendas. En lo tocante a las leyendas italianas, incluye las ya conocidas: el noble que deshereda a su hijo (101), la honradez de Quevedo con el dinero (102), la Academia degli Oziosi (103), la esposa de Mernardini (105). También apoya la leyenda de la Conjura de Venecia, aunque con algún toque original; se explaya sobre el Papa, los uscoques, los turcos, Osuna con bandera propia derrotando a buques de Venecia, que protesta. Entonces Osuna y Quevedo preparan la invasión de Venecia: «el golpe iba a lograr éxito cuando en el último instante las revelaciones de un traidor hicieron fracasar todo: Bedmar» (112). Se producen los ahorcamientos. «Quevedo estuvo muy estrechamente mezclado en todo este grave asunto […] y no cesó, bajo disfraces, de circular entre Nápoles, Milán y Venecia» (113), pero al final se escapa disfrazado de mendigo.

De vuelta en España, se reconcilia con Osuna, quien muere. En el reinado de Felipe IV, Quevedo prodiga elogios a Olivares, pues le tiene simpatía (133). Diseña el dibujo de la relación en los términos ya conocidos: «Olivares presiente en Quevedo un adversario y querría ganarlo para hacerse una buena prensa. Pero Quevedo se le escurrirá constantemente de las manos» (134). Le ofrecen la embajada en Génova. Es una fase de simpatía con el gobierno, que tiene al país «reventado de miseria» (139). Al final sufre prisión por culpa de sus enemigos (Pacheco, Montalbán): «las querellas literarias sirven de pretexto» (142). Sobre la leyenda de la boda, el autor escribe que Quevedo «hace a los 54 años un honesto ensayo de vida conyugal» (145), aunque el término «honesto» se preste aquí a cierta ambigüedad. Concluye que

> quizás fue un mal casado, de todos modos, fue casado sin dicha, y fue sin duda, desde todo punto de vista, muy mal marido. Después de algunos meses de matrimonio, partió con un pretexto cualquiera para no volver a ver nunca más a su esposa (147).

Por tanto, no comparte la especie de que se casó por amor y de que sufrió mucho al fallecer ella.

Se incluye la leyenda de la servilleta. Después de muchos textos contra Olivares, «un día de 1639, cuando el rey se puso a la mesa, halló debajo de su servilleta un papel deslizado allí por mano desconocida. Decía este *Memorial…*» (152) y lo reproduce entero. Además de achacar la prisión al poema, no duda sobre el autor: «No hubo disparidad de opiniones para ver en Quevedo al autor de esta carta. El estilo, los ataques, lo señalaban para la venganza de Olivares» (154).

Bouvier no deja apenas página sin embarrar. Lo más chocante es que sólo vea la paja en el ojo ajeno: «en las páginas de Quevedo surge en relieve *violenta xenofobia,* y escondida pena de ver los triunfos de una

diplomacia tan hábil como la de Francia» (187). Por lo visto, Quevedo se moría de envidia por no ser francés, según Bouvier. Aún hay tiempo para una ofensa final:

> resultan insoportables sus poemas religiosos, de lagrimeante devoción exaltada, en los cuales se nos aparece contemplando con ojos henchidos de llanto las madres pintadas y las estatuas de los altares vestidas como muñecas (191).

Eso sí, no hay leyendas tras salir de prisión, ni en torno a su muerte ni *post-mortem*.

En suma, el trabajo de este ultranacionalista francés resulta a veces difícil de digerir; sin embargo, hay que reconocer que, comparado con otros, su recurso a las leyendas de Tarsia es sensiblemente menor. Además, disfrutó de gran recepción, debido entre otras razones al hallazgo lingüístico de la antítesis *Dios / diablo* del título de su obra. Un título al que retó, con justicia y con otro feliz hallazgo similar, Emmanuel Marigno en 2021: Quevedo no es *hombre de Dios, ni hombre del diablo*, sino *hombre de letras*[5].

1930. Antonio Porras Márquez. *Quevedo. Hombre noble*

El influjo de los movimientos artísticos de Vanguardia que se extendieron por Europa en el período de Entreguerras debía dejar una huella también en nuestro entorno. Antonio Porras Márquez (1886-1970) fue un escritor y periodista cordobés conocido por sus textos poéticos, futuristas y humorísticos. Tras doctorarse en Derecho, se dedicó a la abogacía y publicó varias obras sobre formación jurídica con profunda preocupación social. Conoce a varios de los miembros de la Generación del 27 y se empapa de Vanguardia: empieza a publicar obras literarias que algunos ven como sumamente deshumanizadas, e incluso futuristas para su tiempo, destacando el cuidado formal de su prosa y un deliberado gusto por lo humorístico. Durante la Segunda República Española, se presenta como candidato independiente a las elecciones para Cortes Constituyentes, y en 1939 se ve obligado a marchar al exilio, que sólo abandona para venir a morir en su tierra en 1970.

Antonio Porras publica una biografía de intención divulgativa al empezar la década de 1930. En esta obra, Porras exhibe su peculiar sentido del humor: en el Madrid de 1580 nace Quevedo y tiene lugar el «bautizo del niño que antes –es natural– había nacido» (26). Sobre este terreno biográfico veremos los surcos que van dejando las vanguardias y el humor, un humor urbano y cotidiano, infiltrándose en todas las páginas:

5. Marigno, 2021, p. 116: «Las vertientes de la escritura de Quevedo resultan absolutamente coherentes desde una perspectiva filosófico-moral, y pragmáticas desde las circunstancias estilísticas, genéricas y políticas del momento. Esto es, pues, Quevedo: ni *Homme du diable* ni *Homme de Dieu,* sino *Homme des Lettres*».

> Ese descoco; esos tacones altos que llevan en los zapatos […] Eran vistos, mirados y empezados a conocer por Quevedo, que en su horóscopo tiene el signo del León, y Virgo y Libra, lo que le inclinaba a comprador, si bien pedirle y despedirle será en él una cosa misma (32).

Se trata, por tanto, de una biografía muy peculiar. Porras incluye una página entera con las oraciones que, con su madre, el niño Quevedo recitaría antes de dormir (37). También se inventa un gran número de anécdotas de estudiante (49), y resulta sorprendente para lectores actuales su frecuente acumulación de exclamaciones «¡¡Cruel! ¡Poco sensible! ¡Deslenguado! ¡Decir de una mujer…! ¿Cruel, insensible? Bueno» (57). Además, imagina reuniones locuaces y bromistas entre Quevedo, Cervantes y Lope (76). Porras incluye la leyenda del Capitán Rodríguez por no cederle el paso en una acera de una calle de Madrid, aunque con un moderno sarcasmo: «El suceso no es cierto, pero le daría muy poco que lo fuese» (97). Añade la leyenda del leopardo, aunque lo llama «un tigre americano» (102), y la del maestro Pacheco con la espada (105-107).

Como ya hemos visto en otros autores, Porras también cultiva en ocasiones el lirismo extremo, aunque aquí notaremos el regusto de la época y el aroma a greguerías:

> Osuna parte de Barcelona, mandando las galeras don Pedro de Leiva. Las galeras, altas de proa, como cuellos de aves, baten, con los remos a compás, las aguas mediterráneas. Todo remo en movimiento tiene sabor de ala (114).

De la forma acostumbrada, se reproduce la leyenda del Jueves Santo (116) y Quevedo huye a Sicilia con Osuna. El autor imagina diálogos muy teatrales con Quevedo y Osuna, enhebrados entre las demás leyendas de Quevedo en Italia, achacando a Osuna la frase: «echen a este criminal, no me vaya a pervertir tantos inocentes» (187). Añade el chiste de la herencia y los religiosos, y toda la leyenda de la Conjura de Venecia (221-231): «Disfrazado de mendigo italiano, acaso pidiendo una limosna a las patrullas venecianas» (226). Se ofrecen muchos diálogos inventados de Quevedo con prostitutas (250), y la Embajada de Génova (355).

De vuelta en España, llega la boda de Quevedo y Porras confiesa: «Es tan raro este matrimonio de don Francisco» (365). El poeta deja «a los muy pocos meses de casado a su legítima señora. Nada de extraño, en hombres y mujeres de cincuenta para arriba» (367). Al tiempo, Olivares soporta de Quevedo que «le rechace la embajada, protege sus obras de la Inquisición, la *Política de Dios,* la *Hora de todos*…» (380) pero «puede llegar a un límite» (385), que, sugiere, habría sido rebasado con los *Monopantos,* el *Marco Bruto,* y el *Pater noster* glosado. En principio, Porras transcribe la leyenda de la servilleta (389), e incluso se atreve a asegurar que el *Memorial* es de Quevedo; sin embargo, luego añade que «cierto francés enviado de Richelieu entraba en casa de Quevedo»

(391), menciona a «esa tal Margarita, dejada por Quevedo», y acaba resignándose a la oscuridad: «¿Qué motivo secreto y que jamás se dice determinó su prisión? El motivo no saldrá a luz ni ahora ni después» (428). Tal vez esta postura les pareciera frustrante a algunos contemporáneos, pero es de una gran honestidad. Al acabar la vida del poeta, Porras añade las consabidas leyendas *ante-mortem,* el médico y las tres horas o días, y la música del entierro (444). Tras describir su cristiana sepultura, consigna que se perdieron los huesos del poeta, y agrega una explicación muy larga que entronca con las amargas quejas que Antonio de San Martín y muchos otros ya expusieron antes: el sindiós del tráfago de los huesos de nuestros hombres ilustres como símbolo de la decadencia nacional.

El final de la obra constituye una pequeña joya del surrealismo patrio, un descarado canto de amor a las Vanguardias. Vemos a una pareja en la madrileña Puerta del Sol que oye a un vendedor vocear: «¡A 50 céntimos los mejores chascarrillos de Quevedo!» (450). Estos últimos párrafos fueron escritos en 1929, bajo la impronta del Surrealismo, el Futurismo, el Cubismo; vemos un escaparate con muchos de los títulos escritos por plumas ajenas sobre Quevedo: *Las bodas de Quevedo, Los percances de Quevedo, Los amores de Quevedo, El casamiento de Quevedo,* y describe sus coloridas portadas (453). En las últimas palabras late con pasión el influjo de todos estos movimientos:

> Don Francisco colea, en el pueblo, como rabo de lagartija […] Don Francisco, a quien el pueblo, la gentuza, tan cultivada y atendida por él, ha erigido un raro monumento verbal de regocijo gordo e ingenio descarado […] Cuando la casa duerme por la noche, la calle le canta poemas de luz eléctrica. La calle que don Francisco de Quevedo amó tanto es recorrida por él en virtud de recordaciones populares y Quevedo, oculto en el harambel del chiste que no se dijo, se ríe del ministro ladrón (455).

En resumen, una biografía de imposible clasificación; mezcla humor y leyendas antiguas, aunque reconoce las limitaciones de la historiografía de la época, con honradez. Sin embargo, lo más llamativo es el tratamiento estético de la biografía, imbuida del espíritu de las Vanguardias europeas del período de Entreguerras.

1939. Luis Astrana Marín. La vida turbulenta de Quevedo

Figura única y controvertida, el traductor y periodista Luis Astrana Marín (1889-1959) es quizá el más polémico y singular de nuestros biógrafos de Quevedo. Enemigo encarnizado de la Generación del 27, Astrana destacó especialmente como cervantista y como púgil verbal, embrollándose en disputas y grescas continuas con otros eruditos: al cervantista Francisco Rodríguez Marín lo motejó de «ladrón» en varias obras, a Julio Cejador y Frauca le interpuso una demanda en el Juzgado de guardia, y se cuentan por decenas los escritores con los que mantuvo

trifulcas que a veces acabaron en la comisaría, el hospital o el juzgado (Francisco Villaespesa, Gabriel Miró y Gregorio Martínez Sierra fueron algunas de sus víctimas). Fue un furibundo antisemita que llegó a publicar, tras la llegada de Adolf Hitler al poder, numerosos artículos defendiendo el genocidio de los judíos. Pero también fue un declarado militante de la masonería, motivo por el cual, durante la dictadura, fue procesado y condenado. Su biografía de Cervantes, de siete volúmenes, es una obra descomunal, y es de justicia reconocer que gracias a sus investigaciones se logró determinar la ubicación precisa de la casa natal de Cervantes en Alcalá de Henares, y la de su esposa en Esquivias. Además, realizó el insólito logro de publicar la traducción al castellano de las *Obras completas* de Shakespeare.

Queda por tanto claro el carácter de verso suelto que siempre mantuvo Astrana, y que en su biografía de Quevedo va a impregnar todo el texto. Como en muchas de sus obras, la documentación presentada es abrumadora, aunque no siempre correcta o bien empleada, según sus muchos críticos posteriores. Astrana es a veces una catarata verbal, una furia léxica de ímpetu incontrolable, y los lectores deben decidir si hay algo aprovechable en este alud lingüístico. De entrada, encontramos un prólogo lírico: «allá, en un rincón apacible de la provincia italiana de Bari, oreada por las brisas del Adriático, álzase la ciudad de Conversano, fundación de los etruscos» (9). Ya vimos estos arrebatos líricos antes, pero nunca tan alejados del núcleo temático: está describiendo la ciudad donde se crio Paolo de Tarsia. Y ello porque Astrana expresa su deseo de que ojalá Cervantes o Shakespeare hubiesen tenido sus propios *Tarsias* (11).

Astrana repasa las biografías anteriores a la suya: asegura que en el siglo XIX hubo «grandes falsificaciones» (12). Afirma que González de Salas esparce datos biográficos en los prólogos a las seis primeras musas de *El Parnaso español* (1648), y que el primer buen biógrafo fue Fernández-Guerra, si bien «aceptó bastantes yerros» (12). Y empieza a desplegar su inefable e inmodesta personalidad, que a algunos parecerá divertida y a otros insoportable: «yo fui el primero que abrí tienda de la investigación y depuración de Quevedo en España, y cuanto de él se diga, se ha de referir a mí» (13). Resulta llamativo que un estudioso de Quevedo mantenga con seriedad que todo cuanto se diga del poeta ha de referirse a él; sin embargo, su orgullo personal no admitía matices:

> Hallé un Quevedo en que lo apócrifo estaba mezclado con lo genuino, en espantable confusión. Y no aludo solamente a sus escritos […] sino también a los pormenores falsos de su vida, que rebajaban su ingenio al nivel de un chocarrero vulgar (13).

Astrana añade entonces muchas páginas sobre su noble origen y sus ancestros, en clara dinámica hagiográfica, pues así se iniciaban siempre las vidas de los santos.

En la obra de Astrana, Quevedo empieza la Universidad a los 16 años; por tanto, no sigue la leyenda de haberse licenciado o doctorado con 15 años. Los archivos muestran que la matrícula universitaria del poeta abarca desde el 20 de octubre de 1596 hasta que se licencia el 31 de diciembre de 1600, de la carrera de Artes; es decir, de los 16 a 20 años. Sin embargo, se matricula ese año en Teología y su rastro académico desaparece.

Más adelante acepta la leyenda del Jueves Santo (59), pero afirma que Tarsia confunde los tiempos, lugares y personas; que nunca huyó de la Justicia, ni se fue a Italia con Osuna por culpa de ese duelo. Asegura que el lance ocurrió, aunque no en 1611 ni en 1613, sino en 1601; y que tampoco ocurrió en Madrid sino en Alcalá. Tras matar al desconocido, huyó luego a Valladolid para que lo protegiera la Duquesa de Lerma (61). En su opinión, éste es el motivo de que Quevedo no vuelva a aparecer en los registros complutenses, y de que decidiera estudiar Teología en Valladolid. También acepta la leyenda de Pacheco (149): copia directamente el párrafo de Tarsia. Al llegar abril de 1609, anota, sobre su relación con Osuna: «Las palabras de Quevedo "criado de v.e." de la dedicatoria del *Anacreonte castellano* indican claramente intención por parte de Quevedo de ponerse al servicio de Osuna; quizá pensando en el cargo de virrey de Sicilia para el cual estaba proveído» (156). En cualquier caso, no suscribe la leyenda que idealiza su traslado a Italia: Quevedo sólo se va tras varios llamamientos de Osuna, y cuando se lo permiten sus líos judiciales con la Torre de Juan Abad.

Como vemos, Astrana combina rigor y extravagancia, asumiendo algunas patrañas y rechazando otras, pero rara vez explica el motivo de sus decisiones. Por ejemplo, afirma con sentido común que, en Nápoles, Quevedo nunca pudo indultar la pena de cárcel de Tomás Campanella, pues, entre otras razones, aquel hombre fue liberado casi siete años después del retorno del poeta a España. Sin embargo, acepta sin mayores problemas otras leyendas de Tarsia: la liberación del preso que lleva 24 años en la cárcel, la ejecución de un homosexual quemándolo vivo, la del abogado que había matado a una prostituta, el hijo del rico y la herencia (240): todos ellos, ejemplos paradigmáticos de facecias viajeras, y de todo punto indemostrables.

Como colofón a sus experiencias con Osuna, se acepta la leyenda de la Conjura de Venecia y su legendaria fuga: «en hábito de pordiosero, todo haraposo» (267). Sintetiza así el poso agridulce de su experiencia en la política en aquel triste regreso:

> Era para lamentarse de su mala estrella. Después de 5 años de servicios, después de tantas negociaciones importantes y riesgos corridos, después de haber aventurado su vida y su honra, regresaba mal visto de los ministros, abandonado de Osuna, con la ingratitud por pago, perseguido por odios implacables y dejando tras de sí, en Italia, la estela de un agente audaz. Pero ¡ah! también venía cargado de experiencia (280).

Una vez en España, y después de la caída de Osuna, Astrana nos conduce por una de sus aventuras sin verificación posible: asegura que Quevedo planeó ayudar a Osuna a escapar de la Fortaleza de la Alameda, y explica que por eso se encontraba en Alcalá el 10 de junio de 1621, arriesgándose en exceso, pues en teoría tendría que haber permanecido desterrado en la Torre de Juan Abad hasta la celebración del juicio. Afirma que la fuga de los dos amigos se frustró porque el desconfiado valido decidió redoblar la custodia, los guardas y los grilletes a Osuna justo en esos días:

> Quevedo no se avenía a permanecer cruzado de brazos en el oscuro rincón de la Torre; y disfrazado, caminando ocultamente, se deslizó hasta Alcalá de Henares, sin duda con el designio de acercarse a la Alameda, ponerse en contacto con el Duque y procurarle la evasión (306).

Años más tarde, Quevedo se había hecho amigo de Olivares: «Amigo, sí; pero más amigo de la verdad; sea en buena hora el privado perfecto, mas no usurpe la voluntad del rey. Así sucedió, y los dos amigos acabaron por romper la amistad» (376). Llegamos así al clímax mítico y quimérico con la leyenda de la servilleta:

> Quevedo rechaza todos los ofrecimientos políticos y emprende contra él la ofensiva. Y un día el rey halla sobre la mesa, entre dos platos, el célebre *Memorial…* El Conde-Duque ordena entonces prender al satírico y jura que ha de verle pudrirse entre cadenas (376).

En lo tocante a la vida privada del poeta, ha de reconocerse que Astrana consiguió aportar una formidable cantidad de documentación; además del *Epistolario,* por el cual le debemos agradecimiento, también añadió información contrastada sobre la amante con la cual Quevedo llegó a convivir, *La Ledesma* (416). Para el biógrafo, este episodio va a hipotecar todos sus planes matrimoniales, aunque no lo supiera al principio: «Había que buscar novia. Pero no por intrigas de las damas de Palacio, ni en la data que pretende la leyenda, acogida sin examen por los biógrafos» (417). En torno a esas fechas, en 1631, «El león Quevedo parecía domado por el Conde-Duque» (420). Pero no hay leyenda de boda: «Puede presumirse que [sus enemigos] enterasen a doña Esperanza de las antiguas relaciones de Quevedo con *La Ledesma.* De suerte que, entre la malevolencia de los hijastros y del tío, más los informes de los enemigos, se minó al fin la paz conyugal» (448). Insiste en negarse a aceptar esta leyenda: «Es ficción de Tarsia lo referente a la felicidad del matrimonio y al prematuro fallecimiento de la consorte» (451). Su negativa es rotunda: «Los consortes separáronse definitivamente a últimos de 1636, sin que volvieran a acordarse jamás el uno del otro. Ella murió en Cetina, mientras él se encontraba preso en San Marcos, en 1641» (452). Además, asegura que la boda fue una ruina económica para Quevedo: encima de «perder sus 800 ducados de renta

que gozaba por la Iglesia con el caballerato, no consiguió cobrar ni los réditos de la dote de su mujer» (452). De modo que todo cuanto se romantizó fue simplemente una «fantasía del buen abate Tarsia, al hablar de las lágrimas de nuestro poeta al saber la muerte de su señora» (453).

Honra a Astrana rechazar las quimeras que venían repitiéndose desde Tarsia sobre la boda de Quevedo. Sin embargo, el buque de la biografía naufraga al llegar a la leyenda de la servilleta: «Al sentarse a la mesa, el rey halló debajo de la servilleta el siguiente *Memorial*» (503), que transcribe entero. Olivares investigó y «no tardó en presentarse *el Judas,* delatando a Quevedo» (507), y hace hincapié en la delación de un traidor, supuesto amigo del poeta: «Había cometido éste la imprudencia de revelar el asunto a su amigo, y admirador… Yo sospecho que fue don Juan de Isasi, ayo del príncipe Baltasar Carlos»; pero, aunque ofrezca dudas sobre la identidad del chivato, Astrana insiste en que la causa de la prisión fue ese poema: «Sea quien fuere, el delator suministró tales datos respecto del *Memorial* y su autor, que el rey determinó prender a Quevedo, y el Conde-Duque hacer con él un castigo ejemplar» (508). Astrana añade que ese traidor no sólo era su amigo, sino que además fingió amistad durante horas, el mismo día del arresto: «El infame delator tuvo la inconcebible desvergüenza de pasar toda la tarde con don Francisco, haciéndose guarda de sus miedos» (509). Le arrestaron, no le ejecutaron; Astrana expresa la misma teoría psicológica que años después, en 1962, desarrollará Alejandro Casona con *El caballero de las espuelas de oro:*

> Pero no le degollaron. El Conde-Duque meditó contra él más terrible venganza. Degollarle habría causado mucho ruido en Europa. La apoteosis de su glorificación. Era mejor sumirle en un calabozo, sin comercio alguno con humanos, donde se pudriese oscuramente de por vida.

El autor añade que Medinaceli es desterrado, pero, al igual que antes vimos con otros biógrafos, expone dudas que se solventarían simplemente con rechazar la leyenda de Tarsia: «Véase claramente que el Conde-Duque advirtió enseguida la conexión entre el escritor y el prócer para derribarle, y que contaban con valedores en Palacio capaces de colocar papeles debajo de la servilleta del rey» (510).

Agrega a *La Ledesma* otra mujer en la lista de amantes: «Hubo otra, *Lisi* (Luisita de la Cerda, de la Casa de Medinaceli) que fue su amor imposible, y la que dejó herido para siempre su pecho» (516). Se aceptan más leyendas de Tarsia: la leyenda del cochero que le lleva a un burdel y con el que Quevedo se enfada (523), las anécdotas sobre su bibliomanía (524), la leyenda de la pantera, onza, o guepardo (528), la leyenda de la monja parlanchina (531), o la de los habitantes de la Torre: «No los trató como vasallos, sino como a hijos» (533). Se queja de que, tras su prisión, hicieron leña del árbol caído Lorenzo Ramírez de Prado, José Pellicer y González de Salas. Copia de Tarsia el chiste del valiente

plato, que no tiene nada de gallina. Al abandonar Quevedo la prisión y volver a Madrid, Astrana contradice biografías anteriores: «no es cierto lo que apuntó Fernández-Guerra, sobre que don Francisco solicitó audiencia del monarca y se le pusieron obstáculos», pues el rey no estaba en Madrid y no volvió hasta que Quevedo partió hacia La Torre en 1644 (556). También niega que, como dijo Fernández-Guerra, se decidiera a publicar sus obras completas (556). Entre toda esta retahíla, Astrana comete un error de bulto: asegura que el poeta compone «Miré los muros de la patria mía» en la primavera de 1645 (563), poco antes de fallecer; cuando en realidad forma parte del poemario *Heráclito cristiano* (1613). Tras este despropósito, acumula varias leyendas de Tarsia más: la del médico y las tras horas o tres días, la de las espuelas de oro, y la del cadáver incorrupto (574).

Resulta espinoso calificar con ecuanimidad la obra de Astrana; si bien es preciso admitir que su obra es para muchos la más amena de todas, y que adjuntó un gran volumen de documentación que ya formará parte para siempre del acervo colectivo (el *Epistolario* de Quevedo, aún con todos sus yerros, ya sería una gran herencia para la posteridad), lo cierto es que durante décadas ha venido recibiendo una catarata de reproches muy serios por parte de los expertos, que le achacan su inmodestia pueril, su caótico proceder, y su enorme cantidad de errores históricos. Basten las lapidarias saetas de Lía Schwartz sobre Astrana: «como es bien sabido, las ediciones de Quevedo eran deficientes desde un punto de vista textual, y la biografía fue un relato muy poco fiable de su vida»[6].

1945. Clara Campoamor. *Vida y obra de Quevedo*. Buenos Aires

La escritora y abogada Clara Campoamor (1888-1972), sin duda una de las más importantes intelectuales de la historia contemporánea de España, simboliza como pocas la dolorosa experiencia de nuestra tragedia nacional, el fracaso colectivo de nuestra modernización y la áspera dificultad de la convivencia política. Después de haber defendido con enorme talento y perseverancia los derechos de las mujeres como diputada en el Congreso, y de haber sido uno de los primordiales artífices del sufragio femenino durante la Segunda República Española, hubo de abandonar su patria: primero por el odio que le profesaba el Frente Popular, y luego por el proceso de la dictadura franquista que la condenó a prisión por su relación con la masonería; al final murió en el exilio, como tantos otros españoles.

Su biografía de Quevedo es en realidad la plasmación de este fracaso vital; tras dejar España, trabajó como traductora en Suiza un tiempo, para luego trasladarse a Buenos Aires, donde vivió durante casi quince

6. «As is well known, Astrana Marín's editions of Quevedo's prose and poetry were deficient from a textual point of view; his biography of Quevedo was an unreliable account of his life» (Schwartz, 2004, p. 11).

años ganándose la vida traduciendo textos del francés y publicando biografías. Es por tanto en ese período tan amargo de su vida cuando emprende la tarea de escribir la vida de Quevedo, dejando en ella la huella particular de su sello personal.

El texto de Campoamor contiene una muy extensa dramatización de la infancia de Quevedo, mayor que los demás autores. Notamos una principal diferencia con las otras biografías en su estilo —que acusa la influencia del Modernismo y de varios de los autores de la Generación del 98— y en un marcado tono intimista, delicado, de profunda sensibilidad. Pero, al igual que otros biógrafos, abusa de la creatividad y de imaginar y dramatizar episodios que nadie conoció jamás:

> Fuerte es el niño, robusto, sano; de vivo mirar, balbuceo, palabra y risa prontos… pero los piececitos denuncian una grave deformidad: algo contrahechos, vueltos hacia dentro, ¿es pasajera o definitiva la anomalía? […] Aquella tarde parece el hijo querer tenerse, caminar sin ayuda de nadie. Da unos pasitos, asido a la mano materna; una arruga surca la frente del padre. La madre no osa bajar la mirada; harto está viendo los pies del hijo a través de los ojos velados del padre. El niño se ase con una mano al sillón tapizado, en que unas ninfas se coronan de flores… No miran ellos su cara; cual dardos han clavado los ojos en los pies del niño, que camina volviéndolos hacia dentro, tropezando torpemente con el uno al tratar de avanzar el otro… Don Pedro ha estrechado instintivamente la cintura de su esposa con la mano derecha; ella reprime, para moderarse, el deseo de reclinar la cabeza, vencida, sobre el hombro de él…
>
> —No será gallardo —se ha dicho ella.
>
> —No será soldado —ha pensado él (13).

El lirismo es extremo, y la imaginación lleva a la autora incluso a describir la tapicería del sillón en que se apoya el niño Quevedo. Sin embargo, ni se doctora con quince años, ni aparece ninguna de las otras leyendas de infancia o juventud. Sí deja constancia de la pelea con Diego Carrillo por celos y la intervención de la Duquesa de Lerma en el proceso. Otra dificultad del texto estriba en ciertos ejercicios malabares que su autora parece verse obligada a realizar, a fin de combinar su propia dignidad de defensora de los derechos de la mujer con la supuesta y legendaria misoginia del poeta.

Campoamor incluye la leyenda del leopardo (34) y la leyenda de Pacheco (35). Más tarde el Duque de Osuna pide a Quevedo que vaya con él a Sicilia y, ante nuestra sorpresa, él se niega (39). Pero esta negativa precede a la leyenda del Jueves Santo (43), leyenda que explica por qué finalmente se va a Italia con Osuna en 1611. Se añaden las consabidas leyendas en Italia: la anécdota del hijo del noble, la herencia y los jesuitas (50). La experiencia política de Quevedo en Italia acaba con la leyenda de la Conjura de Venecia, de donde escapa hecho un «pordiosero andrajoso» (56), como dijo Tarsia. Campoamor se detiene en la extrañeza de su boda estéril, «debido a la dificultad de ajustar su

vida a la de otra persona. ¡Peregrina idea la de don Francisco contraer por primera vez matrimonio a los 54 años!» (143) A la postre, empero, acepta a Tarsia: «Quevedo sin embargo decía al morir su esposa que "había ya perdido la esperanza de hallar en la vida otra Esperanza"», citando al italiano, y remata: «Quevedo tenía que ser un mal marido, por muy bien casado que estuviera» (144).

Llegamos a la leyenda de la servilleta y el *Memorial,* que admite a regañadientes: «Forzosamente habrá que aceptar como inicial de la prisión» (244). Pero añade que «lo más probable es que hurtaran de su casa a don Francisco las sátiras y las pusieran, por intrigas, en donde fueron halladas» (246). Cierta doña Margarita le calienta la cabeza al rey para que empeore su prisión. Achaca a Pellicer la teoría de la conspiración con franceses. Dice que, según Cánovas del Castillo, «es absurda semejante suposición» (252). Cuando sale de prisión, «el monarca se negó a recibirle» (274).

Se incluyen las leyendas *ante-mortem:* la música del entierro; el médico y las tres horas y los tres días (282), así como las leyendas *post-mortem:* las espuelas de oro y la muerte posterior del «Don Lindo» que robó las espuelas al cadáver (285). Campoamor advierte que los huesos de Quevedo se mezclaron con otros ya en 1795, mucho antes del fracaso del *Panteón de Hombres ilustres* en la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid en 1869.

En un excelente artículo sobre esta biografía y las de Espina y de Gómez de la Serna, Enrique Serrano Asenjo afirma que el texto de Campoamor ofrece una «sonrisa cómplice con la fragilidad del otro» (295), lo que encaja con nuestra categorización de un tono intimista y sensible: «el Quevedo de Campoamor entraña más facetas y recovecos que los de sus coetáneos» (295). Serrano añade, sin embargo, una aportación política del texto: «El meollo de la visión que Campoamor establece del pensamiento del personaje consiste en que el buen ejercicio del poder conduce al bien de los países, mientras que, por el contrario, el mal ejercicio desemboca en decadencia» (295). Esta reflexión entronca de modo directo con la experiencia vital y política de la autora, algo que parece ser una constante, pues, como venimos diciendo, Quevedo es un icono colectivo, un canal usado por los españoles para que éstos expresen su frustración política nacional. Por añadidura, Serrano anota que «Campoamor plantea una especie de asociación de ideas que relaciona la pareja Quevedo-Felipe IV con la formada por Unamuno-Alfonso XIII», algo coherente con la frustración *unamuniana* de Campoamor, incomprendida y atacada por derecha e izquierda. En esta utilización personal que todos hacemos de Quevedo, la autora quizá vaya demasiado lejos al afirmar que el poeta tiene «los atisbos de los que llamaríamos credo democrático» y es un «anticipo del intelectual moderno» (295). Serrano percibe este uso del icono colectivo: «El escritor del Siglo de Oro se hace cómplice e interlocutor de la abogada en años de plomo» (297). Y a pesar de la subjetividad y el estilo

modernista, «atiende mucho más que sus colegas Espina y Ramón a la dimensión doctrinal del biografiado y eso supone, en definitiva, que lo ilumina mejor» (297).

En definitiva, la biografía de Clara Campoamor no aporta giros nuevos llamativos a la vida de Quevedo, pero ofrece mucha más humanidad y delicadeza que las anteriores, y sin duda es un gran ejemplo de cómo los españoles utilizamos al poeta para nuestra propia subjetividad, humana o política, individual o colectiva.

1946. Ángel González Palencia. *Del Lazarillo a Quevedo*

Amigo de Luis Astrana Marín, con el que coincidió en el Seminario Menor de Cuenca, Cándido Ángel González Palencia (1889-1949) fue un arabista y crítico literario que compaginó estudios eruditos de su especialidad (manuscritos aljamiados, los mozárabes de Toledo, y muchos otros) con numerosos estudios sobre autores clásicos de la literatura española (Valdés, Alarcón, Cervantes o Quevedo). Sirvió como catedrático de la Universidad Central de Madrid hasta que el 22 de enero de 1937 el Gobierno de la Segunda República Española, en plena Guerra Civil, le condenó a ser «separado definitivamente del servicio»[7]. Pero González Palencia se cobraría más tarde su correspondiente venganza, una vez terminada la contienda, al ser nombrado Secretario de la Comisión de Depuración Universitaria; y mostrándose particularmente belicoso contra los miembros de la Institución Libre de Enseñanza, cuya sede, opinaba,

> habrá de sufrir la suerte de los bienes de todos aquellos que han servido al Frente Popular y a la Revolución marxista. Como en los días gloriosos imperiales, podría arrasarse la edificación, sembrar de sal el solar y poner un cartel que recordase a las generaciones futuras la traición de los dueños de aquella casa para con la Patria inmortal (1940, p. 273).

Los textos en los que González Palencia estudiaba la vida de Quevedo se esparcen por diferentes publicaciones, aunque aquí nos referimos a su libro más conocido, *Del Lazarillo a Quevedo*, editado en 1946. La aportación más llamativa es su rechazo a la leyenda del Jueves Santo; niega que Quevedo matara a ningún caballero, ni que huyera a Valladolid ni a Italia, ya que de hecho estuvo viviendo en La Torre de Juan Abad en 1612 y 1613. Se propone

> echar por tierra la leyenda divulgada por su primer biógrafo, Tarsia, que suponía a Quevedo por estos días precisamente dando muerte a un hombre en la iglesia de San Martín de Madrid y huyendo a Italia para escapar a la acción de la Justicia (1946, p. 282).

7. *Gaceta de la República*, número 829, de 25 de noviembre de 1937, p. 709.

Como su amigo Astrana, hace hincapié en la Junta de Reformación del 24 de marzo de 1624, que informaba de que una de las actrices apodada *La Ledesma* estaba amancebada con Quevedo y tenía hijos con él; y también vincula esta relación con el fracaso de su boda con doña Esperanza, preguntándose: «¿Quedaría algún rescoldo de aquellos amoríos [por *La Ledesma*] en el corazón del cincuentón escritor?» (1946, p. 268). El arabista ve una posible referencia a *La Ledesma* en la letrilla contra Quevedo que sus enemigos titularon «Pata-Coja», y que Fernández-Guerra fecha en 1632, deduciendo así que el poeta probablemente siguió viéndola. Colige que esto no ayudaría a su matrimonio con la de Cetina. Definitivamente, González Palencia no creía en la boda de Quevedo por amor (1946, p. 295).

De igual manera, pone muy en duda la Leyenda de la Conjura de Venecia: «El supuesto confabulador de la llamada "Conjuración de Venecia"…» (1946, p. 283). Ataca además la leyenda de Tarsia sobre una presunta relación paternal de Quevedo con los habitantes de La Torre, al estudiar detenidamente el pleito que el poeta mantuvo por el mesón de Alonso Abad en aquel pueblo.

En suma, González Palencia aporta su grano de arena a la lucha contra las leyendas apócrifas, rechazando enérgicamente la del Jueves Santo y su posterior huida a Italia; la de la boda por amor; y la de la Conjura de Venecia. Su participación en esta lucha o guerra sobre la vida de Quevedo ni será inútil ni caerá en saco roto, algo que sin duda habría agradado a su belicoso carácter.

1946. Agustín González de Amezúa. *Las almas de Quevedo*

Agustín González de Amezúa y Mayo (1881-1956) fue un historiador y crítico literario, discípulo de Menéndez Pelayo, abogado y miembro de varias Reales Academias (de la Lengua, de la Historia, de Jurisprudencia), que llegó a ser concejal del Ayuntamiento de Madrid. González de Amezúa era un declarado reaccionario, miembro del Partido Integrista fundado por su tío, que se separó del Partido Carlista al considerar que era demasiado conciliador con la democracia y la libertad de culto. Tras la Guerra Civil, escribió una carta al dictador Franco para pedirle que restaurara la monarquía absoluta en España y así evitar que el país volviera a caer en «la falsa "legalidad" democrática del sufragio inorgánico»[8].

Forzosamente, una ideología de este calibre habría de plasmarse en sus obras. Al tratar sobre la vida de Quevedo, afirma que, en la Universidad, «el apartamiento del hogar familiar concede al estudiante de entonces una libertad excesiva» (8). Habrá que dejar a juicio del lec-

8. Santa Cruz, 1942, p. 180.

tor cómo es posible disfrutar de una libertad excesiva, pero lo relevante es que para González de Amezúa resulta muy negativo que el poeta pudiera disfrutar de ella.

El autor acepta sin asomo de crítica todas las leyendas de Tarsia. Por ejemplo, le sigue al pie de la letra en la leyenda de Venecia: «Tuvo que disfrazarse de mendigo» (13). La aportación de González de Amezúa al conocimiento de la vida de Quevedo es por tanto prácticamente nula; sin embargo, debido a su posición de poder político y cultural, consiguió influir mucho en los círculos académicos y literarios a fin de que la biografía del poeta no se actualizara. Asimismo, algunas de sus afirmaciones resultan algo extravagantes, como, por ejemplo: «A excepción del *Buscón* y sus letrillas, Quevedo no es un escritor popular» (43), una frase que sin duda despierta nuestra perplejidad. Por añadidura, defender una ideología tan reaccionaria impide cualquier atisbo de objetividad, y su obsesión integrista y ultranacionalista se asoma por todas las rendijas del texto: «[en] los imprudentes escritos de Bartolomé de las Casas, Quevedo advierte ya sagazmente los primeros asomos de nuestra infamante leyenda negra» (50). En resumen, este es un caso muy claro de un experto que se opone a la modernización de la biografía del poeta.

1947. Antoni Papell. *Quevedo, su tiempo, su vida, su obra*

Antoni Papell i Garbí (1902-1956) fue un historiador catalán, Archivero General de la Diputación Provincial de Girona entre 1926 y 1930, y catedrático de los institutos de Ibiza y de Palma de Mallorca, lugar donde falleció. Publicó obras sobre varios asuntos (el convento de Sant Pere de Rodes, la comarca del Empordá durante las guerras carlistas, o los corsarios y los piratas en esa comarca) así como dos biografías: una sobre Moratín y otra sobre Quevedo, que gozó de gran éxito editorial.

Papell tuvo muy claro desde el principio que la mayoría de las leyendas que circulaban sobre el poeta eran del todo falsas. Empieza censurando a Tarsia, quien redactó una «cálida biografía empedrada de peregrinas anécdotas, muchas de las cuales contribuyeron a dar a Quevedo el carácter borrascoso y la fama mal comprendida con que la posteridad le conoce» (17). Para Papell, esa biografía «es una *vida* ficticia e irresponsable a la que sólo debemos conceder un mérito: que es la primera» (18). Tras este tajante juicio, también reprende a Fernández-Guerra, a quien achaca tres graves defectos: arcaísmo, seguir demasiado a Tarsia, y un entusiasmo personal excesivo por Quevedo. Para el historiador catalán, un biógrafo nunca debe involucrarse excesivamente en su amor por el biografiado, so pena de perder su objetividad. En su relato no hay ni una sola leyenda de infancia ni de juventud; valga como ejemplo su rechazo de una de las más desatinadas: «Se ha dicho con poco fundamento que mató en duelo a un cierto capitán Rodríguez que se atrevió a quitarle la acera» (41).

Sin embargo, Papell también nos ofrece algunas afirmaciones llamativas o chocantes, como cuando sostiene que Quevedo era *clericalmente* célibe: «Su vida toda… su celibato mismo, acusan un marcado sello clerical» (42). Además, recae en algunas leyendas, como la del soneto de la nariz, asegurando que se refiere al párroco de Fresno de Torote, en la Alcarria, donde el poeta se reponía con parientes maternos (50). Otras, como la leyenda de Pacheco, le ofrecen serias dudas; escribe: «Parece que acaeció…» (55) pero no se muestra convencido.

Papell cae en la tentación de añadir una serie de chistes, tan apócrifos como deslucidos, a decir verdad, como el de los versos que no se entienden, y el de «el otro es mejor seguro» (56).

Y eso que advierte: «Las numerosas anécdotas sobre Quevedo constituyen un corpus que se ha ido repitiendo y deformando al compás de los tiempos y de las conveniencias de los editores sin escrúpulos» (57). Nótese que lo dice justo tras contar dos chistes apócrifos.

Más adelante vuelve a rechazar leyendas de importancia: para él es inaceptable la del Jueves Santo. La llama «leyenda inventada al socaire de la fama quevedesca, destruida por la investigación del señor González Palencia» (60). En la otra gran leyenda, la de Venecia, vuelve a plantear serias dudas; utiliza frases con remilgos: «se ha dicho que», «parece que», dicen que escapó «disfrazado de mendigo», y añade: «pero Quevedo soslaya siempre sospechosamente su tercería en la Conjura contra Venecia» (85).

El autor acepta la historia de la Embajada en Génova, a la que «renunció so pretexto de dedicarse a las letras» (163). Al llegar a la boda, escribe: «No pudo resistir a tantas presiones. No tuvo escapatoria… se sacrificó» (168). Pero fue un «error» porque «necesita libertad absoluta». Y en la leyenda de la servilleta apunta: «Un día Felipe IV encontró bajo su servilleta un largo *Memorial*» (177). Pero, aunque parece dudar de la autoría de Quevedo: «es imposible atribuírselo y negárselo» (178), al final la acepta: «creo que debe atribuírsele la paternidad». Apunta que para Julián Juderías la causa de su prisión no fue este *Memorial,* sino la *Isla de los Monopantos*, y que para Gregorio Marañón lo que se produjo fue un complot de agentes secretos (174). Finaliza así: «Yo creo en todo y en nada, es decir, en una acumulación de hechos tales que colmaron la paciencia del Conde-Duque» (185). Para terminar, añade las leyendas *ante-mortem:* los tres días y las tres horas, y la música del entierro (212). Sin embargo, no hay ninguna leyenda *post-mortem;* ni siquiera las espuelas de oro.

En suma, Antoni Papell rechaza muchas de las leyendas, acepta alguna a medias, y muy pocas del todo. Papell es un símbolo de que, en apariencia, algo empezaba a cambiar, y se preparaba el caldo de cultivo para que expertos de gran peso crítico y documental añadieran sus próximas estocadas.

1953. Ramón Gómez de la Serna. *Quevedo*

Ramón Gómez de la Serna (1888-1963) fue un escritor y periodista afecto a las Vanguardias, extraordinariamente prolífico y popular en su época. Se comenta con frecuencia que es un autor inclasificable, más allá de su pasión por los movimientos vanguardistas; trató de huir del enfrentamiento político y el maniqueísmo, y por ello pasó largas temporadas en Argentina a raíz de la Guerra civil y la Dictadura, si bien nunca llegó a estar obligado al exilio, que fue voluntario. La obra que aquí tratamos pertenece a esta última etapa de su vida, cuando, residiendo en Buenos Aires por el hastío y el rechazo que le causaban la situación política de su país, publicó varias biografías (de Valle-Inclán, Carolina Coronado, El Greco o Quevedo). Suele decirse que, en sus biografías, el personaje biografiado constituye en gran medida un pretexto para las digresiones, las greguerías y el acopio de reflexiones varias, chascarrillos y anécdotas.

En este caso, esta aseveración parece muy cierta; Ramón escribe muchas afirmaciones que no podrían documentarse en ningún caso, como cuando afirma que Quevedo era un estudiante muy pobre: «cada estudiante no tenía derecho más que a una vela por noche, que durase tres horas» (3). O cuando afirma que Quevedo «era el primer periodista de España» (52). Y, como en un presagio de lo que se acerca, sostiene: «Toda una apocrifidad gratuita envuelve la juventud de los grandes hombres» (4).

Ramón suscribe la leyenda del soneto de la nariz, que en su opinión se la dedica al párroco de Fresno de Torote en la Alcarria (34). También suscribe la leyenda de Pacheco: «Le derribó el sombrero» (35). Con la leyenda del Jueves Santo, muestra más dudas: «Suceso parecido al que aparece también un tanto hipotético en otras biografías, como por ejemplo en la de Goya, que también se supone que mata en riña franca a otro y también como Quevedo huye después a Italia» (35). En resumen, no está convencido: «Hay confusión en este viaje a Sicilia en busca de su amigo el Duque de Osuna» (36).

Repite las leyendas en Italia, como la de los frailes y la herencia (96). En muchas páginas, el texto alcanza un lirismo extremo: casi la mitad del texto está dedicado a reflexiones muy particulares en su estilo único: «Quevedo es un franco y rotundo ingenuo sin malicia para disimular su malicia, pecador de la ingenuidad, sincero por eso hasta el espanto» (105). Repite la leyenda de Venecia, aunque a su particular manera: «Don Francisco de Quevedo toma parte en esa célebre conjuración como en un ocio literario, con borrador de apoteosis teatral» (123), y escapa «vestido de astroso vagabundo». Pero a renglón seguido, utiliza esta leyenda para su propia reflexión: «El español, con poco que haga, parece un mendigo, y se le ve nadar en la mendicidad como en su propio elemento» (127). Nos cuenta chistes y anécdotas, pero añade «unas verdaderas y otras falsas» (169): como la leyenda de la reina es-coja, vienes a quedar Juan Pérez, o si leyera a Montalbán (170).

Asegura que Quevedo mantuvo un «amor profundo no correspondido que dura 22 años… con Luisa de la Cerda, de la casa de Medinaceli, *Lisi*» (186). Pero eso no es óbice para suscribir la leyenda sobre la boda y Esperanza de Cetina: «el cepo en que iba a caer el célibe, gallo con espolones» (193). Se ven y «tan atenta, obsequiosa y seductora debió de estar la dama que a poco se concertó el matrimonio» (193). Pero hubo «incompatibilidad de caracteres» (194), y «el recuerdo de una yacente en sepulcro de iglesia de pueblo perturba a veces sus últimos sueños» (195).

Al llegar la leyenda de la servilleta, se vuelve dramático: «Alguien mete unos versos bien dobladillados entre la servilleta y el plato del monarca como en bandeja de extranjis» (196), y «el que sea va a pagar con largura el haber dado ese mal rato al rey» (197). El dibujo que nos pinta ya nos suena de otras veces:

> El Conde-Duque, crispado y venenoso, envenena de rabia al rey al leerle el pliego aparecido debajo de una servilleta. Los versos de ese *Memorial,* unidos a los del *Padrenuestro glosado* que habían corrido en todos los ámbitos de la Corte decidieron la suerte última de Quevedo, su sentencia a cárcel, enfermedad y muerte (197).

Ramón es consciente de que ya hay muchos expertos que niegan esta leyenda, pero defiende su validez:

> La causa —aunque se ha hablado de una conspiración de don Francisco a favor de Francia— no fue más que el meter en chirona de silencio al poeta satírico y vengar sus anónimos en verso contra el rey y el Conde-Duque de Olivares. El rey no pudo perdonarle el *Memorial* que apareció sobre su plato (207).

En la cárcel menciona el chiste del plato valiente sin gallina (209). Tras su liberación, menciona algunas leyendas *ante-mortem:* los tres días y las tres horas, la música del entierro (219), y *post-mortem:* las espuelas de oro (220).

En su interesante artículo, Enrique Serrano Asenjo concluye sobre esta biografía que: «el personaje para su biógrafo es un hueco, una ausencia, que, naturalmente, puede ser llenada con cualquier cosa, el propio *ego* ramoniano de manera sobresaliente» (298). Palabras que nos remiten, una vez más, a la naturaleza instrumental que para los españoles tiene Quevedo: «Su palestra es la pura creación. El antepasado, si se permite la paradoja, sencillamente se convierte en coetáneo» (299). Como explicamos en la introducción, Ramón era

> radicalmente contrario a mezclar literatura y política. De ahí su lectura, quizá ambigua, del episodio de San Marcos… de ahí que en rigor nos entregue un Quevedo parcial, amputado de una faceta clave, para servir a la intención expresiva del biógrafo (300).

En suma, Ramón Gómez de la Serna no nos aporta grandes cambios a la biografía de Quevedo, pero es un claro ejemplo de la naturaleza instrumental de su vida y milagros, pues, como escribe Serrano Asenjo, «estos modernos [Espina, Campoamor, Ramón] buscan en el autor clásico un espejo donde encontrarse a sí mismos […] la voz discorde y lúcida se quejaba trescientos años después a través de las voces de los otros» (301).

1955. James Crosby, «Quevedo's alleged participation in the Conspiracy of Venice» y *Quevedo, poesía varia,* 1982

James O. Crosby es un hispanista norteamericano nacido en 1924, profesor en las más distinguidas universidades de EE.UU., y sin lugar a dudas uno de los mayores expertos en Quevedo de todos los tiempos. Hasta once libros publicados en torno a la vida y la obra del poeta y un sinfín de artículos académicos lo demuestran. Algunos de estos artículos y libros han dejado una profunda huella, como los publicados *En torno a la poesía de Quevedo* (1967), la tradición textual del famoso *Memorial* (1958), las fuentes de *Política de Dios* (1959), sus ediciones críticas de *Los Sueños* (1993), y diversas antologías. Se trata de un experto de reconocido prestigio mundial, de un extremado rigor documental y científico, y declarado enemigo de muchas de las leyendas apócrifas sobre Quevedo, que con su trabajo ha contribuido a desacreditar. Aquí tan sólo nos centraremos en su primer artículo de enjundia (1955) y en su antología más celebrada (1982).

En esta larga lista de expertos y biografías, y en lo tocante a la lucha contra las leyendas, dos eventos brillan en el siglo xx con especial fulgor: el artículo de Crosby de 1955 y el de John Elliott en 1972. Ambas obras marcaron un hito en la investigación sobre la vida de Quevedo; el primero, en relación con la leyenda de la Conjura de Venecia, y el segundo, en relación con la prisión al final de su vida.

En su pionero artículo de 1955, Crosby explica que la participación de Quevedo en la Conjura de Venecia fue aceptada durante siglos con el único aval de la obra de Tarsia, y que Fernández-Guerra lo respaldó apoyándose en varias sátiras que, en su época, se escribieron contra el poeta. Crosby analiza estas sátiras y pone muy en duda que puedan servir como demostración ni como evidencia histórica. Ni las sátiras —muchas de ellas redactadas décadas más tarde y llenas de patentes falsedades— ni la posible quema de una efigie de Quevedo en la Plaza de San Marcos prueban que el poeta participara en la Conjura. A continuación, Crosby examina la obra de Merimée, quien, como ya hemos visto aquí, se apoya extensamente en la de Tarsia. Merimée secunda la leyenda, pero no aporta evidencia alguna tampoco. Pasa después a examinar la de Astrana; a pesar de que en aquel año de 1945 tanto González Palencia como él mismo habían atacado la escasa fiabilidad de Tarsia, Astrana respalda la leyenda sin mostrar ninguna evidencia

ni documentación. Por añadidura, Crosby analiza minuciosamente las palabras de Tarsia al hablar de la Conjura y llega a la conclusión de que probablemente fueron reformuladas por Pedro Alderete de Quevedo, el sobrino del poeta que había encargado —y casi seguro pagado— la biografía, pues son muy similares a las que escribió en el prólogo de *Las tres musas últimas castellanas* (1670). La fiabilidad del sobrino de Quevedo, que ya había leído la obra de Tarsia, y sobre un hecho del que habían transcurrido ya más de cincuenta años, es ciertamente muy endeble. Para Crosby, parecía increíble que, en lo referente a un suceso de tanta trascendencia histórica, y que había hecho correr tantos ríos de tinta, no hubiera por tanto ni la más mínima evidencia histórica. Tres siglos después, todo descansaba en un par de líneas, escritas por encargo, de un señor italiano que vivía en Madrid y que jamás había aportado documentación ni referencia alguna. Y todo ello, a pesar de que fueron muchos los que habían desautorizado, y con razones de peso, esta biografía o hagiografía de Tarsia.

Una vez aclarado que la única fuente de la leyenda es Tarsia, Crosby demuestra que todo cuanto Tarsia escribe acerca de los compañeros de conjura (Jacques Pierre y «el caballero español genízaro») es radicalmente falso. Estas falsedades se unen a otras muchas patrañas de Tarsia, como, menciona Crosby, la del duelo y muerte en el Jueves Santo, o el hallazgo del cadáver incorrupto de Quevedo décadas después de su muerte (1955, p. 268). Crosby examina los datos históricos ciertos: Quevedo escribe a Osuna desde Madrid el 27 de marzo de 1618, y las ejecuciones de los enemigos de Venecia ocurren el 18 de mayo de ese año. Según la leyenda, el poeta sólo abandonó Venecia, disfrazado de mendigo, después de esta fecha; sin embargo, Quevedo firmó un poder notarial ante el notario Antonio de la Calle el 31 de mayo, en Madrid.

Parece razonable suponer que falsificar un documento firmado ante notario es, o bien imposible, o de una dificultad extrema. Y, según los medios de transporte disponibles en 1600, era materialmente imposible viajar de Venecia a Madrid en menos de doce días. En su clásica obra sobre el desarrollo de los viajes en la Europa de 1600, Ernest Bates calculaba que un europeo podía llegar a tardar, montado a caballo y con climatología favorable y buenos caminos, entre 48 y 64 kilómetros al día; toda vez que la distancia entre Madrid y Venecia es de 1.836 kilómetros, un hombre como Quevedo, montado en un caballo de calidad (que habría tenido que cambiar por otro de refresco cada poco), con climatología favorable y buenos caminos, y viajando 24 horas al día (por tanto, sin parar ni para dormir ni para comer ni hacer sus necesidades) habría podido tardar 33 días y medio[9].

9. Otro ejemplo beneficioso de aplicar el sentido común y la cronología a la biografía de Quevedo puede verse en el artículo de Gutiérrez, 2001, donde el autor demuestra con sencilla y elegante deducción de calendario que las últimas cartas manuscritas entre Quevedo y Olivares se redactaron en 1630, y no en 1631 como algunos habían defendido.

Además de esta clarísima evidencia, Crosby añade otras: la correspondencia entre Quevedo y Osuna muestra que el poeta nunca salió de España en aquellos días. Examina también el texto que Quevedo lee ante el Consejo de Estado en Madrid el 25 de junio a fin de defender a Osuna; según Crosby, si hubiera participado en la Conjura, el poeta habría podido defender mucho mejor a su señor (como haber sido testigo presencial de la inocencia de Osuna en la conjura), pero, al haberse quedado en Madrid en esos días, la ambigüedad y falta de precisión eran obligadas (1955, p. 273). El artículo de Crosby era preciso, documentado y certero, y parecía un clavo en el ataud de la credibilidad de Tarsia: sencillamente, la presencia física de Quevedo en Venecia en los días de la Conjura es materialmente imposible[10].

Además de la relevancia de este artículo esencial, Crosby siguió publicando numerosas obras sobre los textos de Quevedo. En lo tocante a su biografía, muchas de sus aportaciones fueron diseminadas entre ellas, pero se encuentran bastante bien resumidas en su antología de 1982. En ella, Crosby hace una introducción biográfica del poeta sin utilizar ni una sola leyenda apócrifa. Sobre su prisión, hace una referencia al Nuncio y al Embajador de Francia: «El motivo fue la sospecha, por parte del privado del rey Felipe IV, de cierta actividad política internacional» (1982, p. 19). También ajusta cuentas con los biógrafos anteriores; por ejemplo:

> Astrana no quiso ni supo poner en orden los materiales, ni explicar las relaciones entre múltiples versiones de una obra, ni identificar la fuente de los textos que reprodujo… No lleva ninguna documentación, y repite muchas de las leyendas falsas del primer biógrafo de Quevedo, Pablo Tarsia (1982, p. 27).

Y añade que Américo Castro en 1934 y Javier Cruzado García en 1945 lo criticaron muy severamente. Asegura que también la edición de Felicidad Buendía «aumenta los errores de la de Astrana Marín» (1982, p. 30). Para Crosby, existe una abismal diferencia entre estos autores y el magisterio de José Manuel Blecua, al que elogia sobremanera:

> [Blecua] evita la reproducción de las leyendas de Tarsia, y tiene en cuenta las investigaciones históricas de los últimos años (es quizá el único biógrafo moderno que no repite la leyenda de la estancia de Quevedo en Venecia en 1618, refutada por mí y por Carlos Seco) […] supo poner en orden los

10. Candelas Colodrón, 2017, p. 387, asegura que dos aspectos de su biografía resultan esenciales a lo largo de los siglos en la defensa de Quevedo: la resistencia a la corrupción económica, y su participación en la Conjura de Venecia oculto con disfraz de mendigo. Sobre la Conjura, añade que siempre ha ofrecido «controversia entre los historiadores, desmontada con datos inequívocos por James O. Crosby, pero muy arraigado en el acervo historiográfico relativo a Quevedo, difícil de eliminar de forma definitiva en la recreación cultural de su imagen» (387). Difícil o imposible.

> textos e identificar siempre el manuscrito o el impreso del cual había sacado cada poema. También evitó las fechas arbitrarias que Astrana había asignado a muchos poemas (27).

En definitiva, James Crosby, uno de los mayores y más rigurosos expertos en la obra y vida de Quevedo, contribuyó decisivamente al saneamiento e integridad del conocimiento de la vida del poeta, y luchó activamente por eliminar leyendas apócrifas, especialmente la de la Conjura de Venecia.

1962. Emiliano Aguado. *Francisco de Quevedo*

Emiliano Aguado Hernández (1907-1979) fue un escritor y crítico literario toledano, amigo personal de Ramiro Ledesma, y componente fundador del grupo fascista Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), de las que fue Consejero Nacional, antes de que se fusionaran con Falange Española. Al final de su vida se mostró muy decepcionado con la dictadura franquista e incluso escribió una conocida obra sobre Manuel Azaña.

Su biografía sobre Quevedo empieza mal: asegura que don Francisco «vivió entre 1580 y 1646» (9), cuando en realidad el poeta falleció en 1645. Sobre la leyenda del Jueves Santo, dice que el duelo ocurrió, pero no en la iglesia de San Martín de Madrid sino en una iglesia de Alcalá «como prueba ahora Astrana Marín» (20). Sobre la leyenda de la Conjura de Venecia, se muestra ambiguo. Por una parte, apunta que «los venecianos recurrieron al rey Felipe III acusando a don Pedro Téllez Girón de querer hacerse independiente… hay mucha oscuridad en los sucesos que siguieron» (55). Por otra, sin embargo, reproduce la imagen de Quevedo «disfrazado por las calles como un pordiosero» (57). Niega que se casara por amor: «su matrimonio no representó nada apenas en su vida» (84). Según explica, la esposa de Olivares y el Duque de Medinaceli le querían casar porque estaba amancebado con *La Ledesma*. La boda se preparó con demasiado sigilo: «hay alguna cosa en este sigilo extremado que tal vez no se ponga nunca en claro» (86).

Sobre la prisión de Quevedo, también se muestra ambiguo. Por un lado, afirma que «lo del *Memorial* no es convincente» (94). Pero, por otro lado, asegura que «podría haber conspirado valiéndose del revuelo que produjo la guerra con Francia, pero no es verosímil, dados sus vehementes sentimientos patrióticos» (95). Para mayor ambigüedad, aunque declara no estar convencido de que Quevedo fuera a prisión por culpa del poema, acepta a medias la leyenda de la servilleta y afirma que, en 1639, Felipe IV encuentra el *Memorial* bajo la servilleta y un amigo delata a Quevedo, aunque acaba afirmando: «La culpa en virtud de la cual estuvo preso en San Marcos fue un secreto que se llevaron a la tumba Olivares y Felipe IV» (104). Después de esta suerte de malabarismo, reproduce la salida de prisión y sus últimos días con bastante rigor, y sólo acepta la leyenda de las espuelas de oro (109).

La biografía de Aguado no representa ningún cambio importante y comete algunos errores de datación y documentación. Si bien su ambigüedad puede causar extrañeza, el mero hecho de que haga malabares verbales sobre el Jueves Santo y la Conjura de Venecia indica que se estaba produciendo un mar de fondo en el que ya Tarsia había sido ampliamente desacreditado, y que las investigaciones de Crosby y González Palencia habían al menos instalado la duda razonable en muchos expertos.

1962. Antonio Espina. *Quevedo, estudio y antología*

Antonio Espina García (1891-1972) fue un escritor y periodista, inicialmente adscrito a los movimientos vanguardistas y vinculado por muchos a la Generación del 27. Militó en el partido político de Manuel Azaña, Izquierda Republicana, y durante la Segunda República fue Gobernador civil de Ávila y más tarde de Baleares. Tras la guerra, la dictadura le condenó a muerte, sentencia que fue posteriormente conmutada por pena de cárcel. Vivió exiliado en México, hasta que se le permitió regresar a España en 1953, trabajando para la Editorial Aguilar, igual que otros intelectuales y periodistas republicanos depurados, redactando biografías de personajes famosos dedicadas a un público juvenil. Pocos años antes de su muerte, volvió a ser denunciado ante el Tribunal de Orden Público por haber publicado artículos contra el fascismo en periódicos latinoamericanos.

Esta obra pertenece por tanto a ese período de la vida del autor, en que regresa del exilio y trata de sobrevivir sin que le metan en la cárcel ni le fusilen. Estas circunstancias por fuerza han de influir en el texto, pues su autor carece de libertad de expresión y está siendo vigilado. La editorial destina la obra a un público juvenil; tuvo una buena acogida y aún hoy se la puede encontrar en muchas bibliotecas escolares. Quizá por todo ello, Espina no trata de actualizar demasiado la vida de Quevedo. Encontramos la leyenda del Jueves Santo, pero en 1601 y en Alcalá, aunque añade con sinceridad: «Algunos biógrafos afirman que el lance ocurrió en Madrid, en 1611 (y huyó a Italia)» (10). Narra la leyenda de Pacheco (11) y la leyenda de la Conjura de Venecia, pero con matices que prueban su honradez y el deseo de encontrar la ecuanimidad: «torna disfrazado a Venecia en vísperas de la ejecución del complot. (Hay historiadores que niegan la existencia de esta conjura, otros que la consideran dudosa, y otros, los más, que la admiten)», aunque acaba diciendo: «Quevedo, que hablaba el italiano a la perfección, pudo salir de Venecia disfrazado de mendigo» (14).

Se presenta la leyenda de la Embajada en Génova (16), y la boda: «El matrimonio resultó un desastre» (16). Acepta la leyenda de la servilleta, y afirma que el rey ni se molesta en leerlo, se lo da a Olivares (17). Y al hablar de Osuna, reprocha al poeta lo siguiente: «Es evidente que don Francisco sacó gran provecho económico de su privanza con el

virrey. Y también parece cierto que no le mostró en tiempo de desgracia toda la gratitud que su protector tenía derecho a esperar de él» (40). No recoge más leyendas, y desliza en todo el texto un estilo accesible.

Enrique Serrano Asenjo afirma en su artículo que «la propuesta de Espina se instala en la brevedad [...] insiste en la psicología del sujeto, con una clave que en perspectiva se sospecha reduccionista, pues en la raíz del autor barroco ubica su "anormalidad física"» (285). También percibe la destreza con la que el autor da una de cal y otra de arena: «psicología y política se mezclan [...] y así la admiración que suscita Quevedo en su relator resulta compatible con la reserva» (291). Se refiere a esta costumbre, no sólo de Espina, sino de la mayoría de los autores de esta lista, de dramatizar escenas de la vida de Quevedo con enorme libertad y creatividad:

> no pretende ser la de un historiador en ningún momento, sino la de un literato. De ahí que evoque libremente o invente determinados episodios de la vida de Quevedo, su primer paseo por Alcalá, o un encuentro con el duque de Osuna (291).

Al igual que hacemos aquí, también menciona su afán de honradez: «Antes de novelar la Conjuración de Venecia recoge en nota que son más los historiadores que confirman el suceso, que los que lo niegan» (292). Y finalmente, aprecia el estilo accesible de la obra y lo achaca a «el factor irónico», que entronca con «el tono de sorna predominante» (292) en esta biografía.

1963. Santiago Masferrer i Cantó. *Francisco de Quevedo.* Biografía popular juvenil

Posiblemente sea éste uno de los libros más peculiares de toda nuestra lista, tanto por el autor como por la obra en sí. Santiago Masferrer i Cantó (ca. 1900-1937) fue un comerciante catalán, del que poca información hay disponible. Ignoramos cuál fue su formación académica, o el año exacto de su nacimiento; sabemos que trabajó para la Cámara de Comercio de Barcelona a principios de 1920, y que durante la Guerra Civil se vinculó al Ejército Popular de la República, publicando muchos artículos para su causa como Comisario Delegado de Guerra[11]. Murió en combate a finales de 1937.

Durante su corta vida, publicó varias novelas, algunas de temática antifascista. Muchos de sus textos se encuentran imbuidos de la ideología comunista que profesaba. Además, publicó varias obras sobre urbanismo y arquitectura; y sobre la artesanía de los joyeros catalanes, desde el Románico hasta el siglo xx. Se trata por tanto de un autor heterogéneo, que no era académico, ni docente, ni escritor profesional. Todas

11. Comisario delegado de guerra: cuarto batallón de la 37 brigada. *Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional.* Año L, número 125. Valencia, 25 de mayo de 1937, p. 445.

sus obras estuvieron prohibidas durante la dictadura franquista, excepto esta biografía de Quevedo. Una biografía rodeada de cierto misterio: al parecer, la primera edición data de 1942 (la Biblioteca Nacional lo pone en duda); parece que hubo una segunda edición en 1950. En cualquier caso, la casi totalidad de ejemplares que subsisten pertenecen todos a la edición de 1963, que es la más conocida, y que abunda en multitud de bibliotecas escolares e institutos. Muy interesante sería una investigación sobre la intrahistoria de esta obra: la obra póstuma de un combatiente comunista, editada en la postguerra franquista. ¿Quién decidió publicarla, cómo se editó? ¿Fue el texto expurgado, cuándo y por quién? No podemos responder a estas preguntas, y aquí tan sólo veremos el tratamiento que una biografía juvenil tan popular, con la que se educaron varias generaciones de niños españoles durante la dictadura, presenta la vida de Quevedo y las leyendas en torno a su persona.

Masferrer presenta al poeta a una audiencia infantil o juvenil explicando que Quevedo ha padecido un «exceso de popularidad» (7). Podemos aventurar que el autor se lamenta de la reputación escatológica que rodeaba a su imagen pública, cultivada a fuego en tantas decenas de libros de chistes sobre él durante los siglos XIX y XX: «el Quevedo de los chascarrillos es un personaje de leyenda, ya que todo lo que se cuenta de él es fruto de la inventiva popular» (8). Y su obra no será ninguna excepción.

Al empezar el texto sobre su vida, percibimos de inmediato que el autor no ha podido actualizar sus conocimientos y basa gran parte de su relato en la obra de Tarsia y tal vez en cierta tradición oral (quizá escribiera el texto en el frente de guerra, sin poder consultar obras de referencia); también abusa de la tendencia a dramatizar creativamente, si bien en este caso es preciso recordar que se trata de un libro destinado a niños y adolescentes. Ya podemos imaginar que van a abundar las leyendas apócrifas, y empieza aceptando la leyenda de Licenciado o Doctorado con 15 años: «a los 15 años se graduó en Teología» (8). Consignemos un ejemplo de narración dramatizada, de los que la obra está llena:

> De regreso del colegio, Francisco corrió al lado de su madre… el cariño y el calor maternal eran para el almita sentimental del pequeño Francisco un tesoro. Era su madre una dama tan bella como virtuosa.
> —Lo primero es saludar a tu madre.
> —Te he dado un beso.
> —Algo más ha de hacer quien saluda (13).

Acaso con este afán de pedagogía antigua, Masferrer se inventa que el Quevedo infantil riñe y golpea a otro niño que había insultado a sus padres (20). Ya adolescente, Quevedo viaja a estudiar en Alcalá, y se muestran bromas de estudiantes y novatadas, de libre creación del autor: baste consignar que Quevedo salva a un estudiante odiado por todos, que se llama *Luis de Olanaray, Marqués de Griorelli.* Se incluye

la leyenda del duelo callejero: de vuelta en Madrid, una noche en la calle tiene un duelo a espadas con un tal «Capitán Rodríguez» (56). Se hieren uno al otro y «desde aquel día fueron muy buenos amigos» (58). Se incluye la leyenda de Pacheco (60), y la del Jueves Santo (61-65) pero con notas psicodélicas u oníricas. Por ejemplo, a Quevedo le ayuda a ocultarse tras el duelo su amigo *El Conde de Toda,* quien lo manda a Italia con Osuna, desde Valencia; sin embargo, luego Osuna lo manda a España para que le castiguen por la muerte del Jueves Santo (74).

El poeta vuelve después con Osuna y van desgranándose las leyendas de Quevedo en Italia: los presos, el que lleva 24 años en una celda, el hijo del noble y la herencia. Quevedo trae grandes riquezas a Madrid (el autor omite mencionar los sobornos y la corrupción política): «y después de haber obtenido para el Duque de Osuna una prórroga del virreinato regresó a Nápoles» (88). Al plantear la leyenda de la Conjura de Venecia, la narración se vuelve un poco confusa: «Disfrazado de mendigo, desfigurado el rostro, se aventuraba por las calles y tabernas de Nápoles, o se trasladaba a Venecia, obteniendo inquietantes nuevas» (89). De vuelta en Madrid, se suceden muchos largos diálogos inventados. El poeta mantiene discusiones con «aquel culterano llamado Juan Pérez de Montalbán» (117). Le presentan al pintor Velázquez, se hacen amigos y éste le pinta un retrato (119). En la leyenda de la boda, las damas de Palacio le escriben una carta haciéndose pasar por una enamorada suya, y se burlan de su soltería; finalmente, la mujer de Olivares le obliga a casarse, y se reproduce la leyenda de la boda por amor. «Hizo con ella [Esperanza de Cetina] amistad, la trató, la conoció, y terminó enamorándose con la vehemencia propia del primer amor» (130).

Aparece la leyenda del *Memorial* y la servilleta (134). Se produce el arresto de Quevedo, lo llevan a San Marcos y, para nuestra sorpresa, en su celda se encuentra al Conde-Duque de Olivares, quien le pregunta si realmente escribió todas esas sátiras contra el gobierno. Quevedo responde afirmativamente, con orgullo, y Olivares lo enchirona en húmeda mazmorra subterránea (136). Tras su paso por la cárcel, se añade la leyenda *ante-mortem* del médico, los tres días y las tres horas (143).

En suma, esta breve biografía juvenil, que durante décadas ha poblado las bibliotecas de nuestros centros de enseñanza primaria y secundaria, añade a todas las leyendas de Tarsia otras de tradición oral y prefiere la dramatización creativa al discurso explicativo. Se trata por ello de un ejemplo clásico de resistencia a la modernización de la vida de Quevedo, una tradición folclórica mucho más cercana a los españoles que, como Masferrer, no pudieron acceder a los estudios ni a las investigaciones de los grandes expertos.

1968. José Manuel Blecua. *Quevedo, Obras completas*

José Manuel Blecua Teijeiro (1913-2003) fue catedrático de Literatura Española de la Universidad de Barcelona y académico de honor de la Real Academia de la lengua, además de uno de los más importantes expertos en la vida y la obra de Quevedo. Fue uno de los muchos profesores depurados por la dictadura franquista. Su edición crítica de la poesía de Quevedo es sencillamente colosal y mereció la admiración general de todos; sus aportaciones a la actualización de su biografía no están limitadas a una obra específica (de hecho, nunca publicó un monográfico sobre la vida del poeta), sino que se hallan esparcidas por una serie de publicaciones sobre Quevedo, además de la que tratamos aquí: *Lágrimas de Hieremias castellanas* (1953), *Poesía original completa* (1963), *Obra poética* (1969), *Poemas satíricos y burlescos* (1970), *Poemas escogidos* (1972), y varias antologías generales sobre el Siglo de Oro.

Un sabio como Blecua forzosamente debía refutar las enmarañadas biografías anteriores; hemos de advertir, empero, que uno de los rasgos personales del gran filólogo aragonés era su proverbial urbanidad y cortesía, de modo que sus críticas se visten con una túnica de delicada amabilidad. A González de Salas le reprocha que «retocó» versos de Quevedo; a su sobrino Pedro Alderete, que «le ahijó» poemas ajenos; y a Tarsia le reprocha que «dio entrada en su biografía a más de una fábula» (x). También recrimina que Fernández-Guerra no editara su poesía, y que Astrana fuera tan poco riguroso.

Al analizar su descripción de la vida de Quevedo, pronto comprobamos que Blecua colabora en la ingrata labor de desterrar las leyendas apócrifas. Sobre la infancia del poeta, simplemente afirma: «Sabemos poco de su niñez y mocedad» (xiii). Y, como vemos, no hace falta inventarlas. En sus obras, Blecua nunca aceptó ninguna leyenda de infancia ni juventud: «No se graduó de Teología en Alcalá» (xiii). Tampoco acepta la leyenda del Jueves Santo:

> No hay que hacer mucho caso del conocido episodio que cuenta Tarsia, el de la famosa escena teatral del lance en la iglesia, estocadas y huida, que el primer biógrafo coloca en 1611 y el último, Astrana Marín, adelanta hasta precisar la fecha, la tarde del Jueves Santo de 1601. Esto no pasa de ser una de las fábulas tejidas alrededor de don Francisco (xiv).

Además, en 1611 Quevedo firma documentos oficiales en Toledo, así que no pudo estar «huido» (xiv). Tampoco se cree la leyenda de Pacheco: «Si el lance es o no cierto, es difícil de probar» (xxiii). Ni, por descontado, la leyenda de la Conjura de Venecia:

> La supuesta invención de don Francisco «en hábito de pobre y andrajoso», como dice Tarsia, no pasa de ser una fábula. James Crosby y C. Seco han demostrado suficientemente cómo don Francisco no pudo estar en Venecia por aquellos días, puesto que estaba en Madrid (xxxiv).

Menos aún las leyendas de boda: «No sabemos qué sucedió, pero a últimos de 1636 se separaban, sin que volvieran a verse» (xlix).

En coherencia con esta actitud, tampoco acepta la leyenda de la servilleta: para Blecua, resulta muy revelador el hecho de que ni Sebastián González ni Pellicer mencionaran el *Memorial* en sus elucubraciones sobre la prisión del poeta. Y cita un elocuente comentario de Gregorio Marañón: «Cualquier cosa menos la inocentada del *Memorial* en la servilleta» (liii). Tampoco Serrano Poncela cree en esa leyenda. Y aún faltaban algunos años para que John Elliot publicara su definitivo artículo sobre las auténticas razones de la prisión, así que Blecua se limita a añadir esto: «Nada sabemos de las causas que motivaron su prisión» (liv), y explica que Quevedo escribía mejor que quien redactó el *Memorial* o el *Padre nuestro glosado*, muy inferiores en calidad.

Blecua no reproduce leyendas *ante-mortem* ni *post-mortem*, salvo al final cuando consigna la leyenda de las espuelas de oro, aunque matizando con gran cautela: «Si es cierto lo que cuenta Tarsia, no faltó después una cruel broma macabra» y se limita a copiar la leyenda del original del abad italiano.

En resumen, Blecua fue un modelo de actualización y de honestidad intelectual. No cayó en la trampa de ninguna de las leyendas, excepto, muy al final, la de las espuelas (aunque matizando «si es cierto lo que cuenta Tarsia»). Un estudioso modélico por su rigor y por su honestidad: si no sabemos algo, no hace falta inventarlo, y admitimos con humildad que «nada se sabe a ciencia cierta sobre este asunto».

1972. J. H. Elliott. «Nueva luz sobre la prisión de Quevedo y Adam de la Parra» y *El Conde-Duque de Olivares: el político en una época de decadencia*, 1990

John Elliott (1930-2022) fue un celebrado historiador e hispanista inglés, con especial magisterio en el siglo xvii, que recibió el Premio Príncipe de Asturias en 1996. Publicó numerosas obras sobre la historia de España, y su libro sobre el Conde-Duque de Olivares es un texto clásico de obligada lectura. Ciertamente, no publicó ninguna biografía sobre Quevedo. Sin embargo, ocupa un lugar de honor en nuestra lista por las aportaciones que realizó al conocimiento de la vida del poeta. Sus aportaciones llegaron gracias a las investigaciones que realizó sobre el privado de Felipe IV, quien, como sabemos, ejerció una letal influencia en la existencia de Quevedo.

En 1972, el historiador británico publicó un crucial artículo, a raíz de la documentación encontrada en archivos españoles, sobre la prisión del poeta. Se trata de una carta que el Conde-Duque envió al Rey, en la que éste se defiende ante el monarca de las acusaciones de que era un dictador que no respetaba las leyes ni los cauces legales establecidos; unas acusaciones que habían llegado a oídos de Felipe IV provenientes de los muchos enemigos que Olivares se había ido creando a lo largo de tantos años de poder despótico. En su defensa, Olivares se remite a varios casos en los que aplicó dureza y rigor contra algunos acusados, pero siempre respetando las leyes; en medio de su defensa, el Conde-Duque le recuerda al rey cómo se gestó la prisión de Quevedo. Recuerde vuestra merced, viene a decirle al Rey, que Quevedo fue acusado por el Duque del Infantado de confidente de los franceses, y que antes de arrestarle consultamos al ministro correspondiente. He aquí la frase original en el documento:

> Como VM sabe, para el negocio de don Francisco de Quevedo fue necesario que el Duque del Infantado, siendo íntimo de don Francisco de Quevedo (como él lo dijo a VM y a mí), fue necesario que le acusase de infiel y enemigo del gobierno y murmurador dél, y últimamente por confidente de Francia y correspondiente de franceses (1972, p. 181).

Igual que con Crosby poco antes, la evidencia de este descubrimiento parecía ser definitiva. Una carta escrita por el mismísimo Olivares dejaba clara cuál fue la excusa que se usó para encarcelar al poeta: la acusación de conspirar contra el gobierno como confidente de los franceses —y que además era la razón que Pellicer había deslizado en su famosa nota en *Avisos* tras la detención («entraba cierto francés, criado del señor cardenal Richelieu, con gran frecuencia en su casa»). Muchos creyeron que, tras este hallazgo esencial, nadie podría ya poner en duda cuál había sido la auténtica causa de la prisión de Quevedo, y que este artículo trascendental sería un gigantesco clavo en el ataúd de Tarsia y de la leyenda de la servilleta. Cuán equivocados estaban.

No es este el lugar para inspeccionar más sobre otros párrafos de la carta, ni sobre cuáles fueron los motivos de que Quevedo, en su vitriólica oposición a Olivares, entrara en comunicación con el Nuncio ni con el embajador de Francia. Lo que nos importa es consignar cómo las evidencias históricas se acumulaban contra la hagiografía del abad italiano y contra la leyenda más corrosiva y difícil de eliminar. Como el mismo Elliott dejó escrito:

> No está del todo descartado que el retorcido, corrosivo y amargado Quevedo viera en la Francia de Luis XIII un posible instrumento para derrocar a un ministro tiránico que estaba conduciendo el país hacia la destrucción (1972, p. 182).

1972. Donald W. Bleznick. *Quevedo*

Donald Bleznick (1924-2011) fue un conocido hispanista norteamericano, profesor en varias universidades de EE.UU., especialmente en la Universidad de Cincinnati, donde ejerció su magisterio durante muchos años. Publicó numerosas obras sobre literatura española, pero es su biografía en inglés sobre Quevedo la que acaso le proporcionó mayor relieve. Ejemplares de esta obra existen aún hoy en la práctica totalidad de las bibliotecas de las universidades de Estados Unidos, y es la puerta de entrada para muchos estudiantes americanos que cursan estudios equivalentes a Filología Hispánica, y que deseen asomarse al conocimiento de la vida de nuestro poeta.

Al describir la infancia y juventud de Quevedo, Bleznick no acepta ninguna leyenda. Confirma que recibió su *Bachelor's degree* con los jesuitas y más tarde su *Master's degree* en Alcalá. Menciona que estudió Teología a continuación, pero que en 1601 abandonó los estudios por alguna razón desconocida, y reprocha: «algunos biógrafos lo achacan sin fundamento a un duelo que implicaba el honor de una dama»[12].

Ciertamente, Bleznick acepta la leyenda de Pacheco (31). Pero es una excepción; en 1613 el poeta se traslada a Italia en respuesta a la invitación de su amigo Osuna, sin leyendas de Jueves Santo. Tampoco sucumbe a la leyenda de la Conjura de Venecia: «No hay evidencia que respalde la afirmación, tan a menudo repetida, de que Quevedo participó personal y activamente en esta "Conjura de Venecia", ya que se encontraba en España cuando este evento tuvo lugar»[13], y añade que el célebre artículo de Crosby demuestra que el poeta no estaba en Venecia durante la famosa conspiración. Además, Bleznick se queja de que la biografía de Tarsia está repleta de errores de documentación, y de que Astrana no siempre es de fiar en cuanto a los datos que ofrece[14].

El autor asegura que Olivares le ofrece la Embajada en Génova, pero que la devoción que profesaba a las letras y los amargos recuerdos de su previa experiencia en Italia probablemente le empujaron a rehusar la oferta (35). Al hablar de Esperanza de Cetina, no reproduce ninguna leyenda de la boda por amor. En cuanto a la leyenda de la servilleta, Bleznick explica que, según algunos biógrafos, el Rey había encontrado cierto poema bajo su servilleta y de ahí devino su arresto, pero afirma que no hay evidencia que pruebe que su prisión se deba a este reproche al Rey: «la leyenda nació con contemporáneos que eran sus enemigos (Pellicer, etc.) y fue perpetuada, al igual que otras leyendas que se cuen-

12. «Studied theology but in 1601 he abandoned for unknown reasons (some biographers ascribe this to an unfounded duel involving a lady's honor)» (30). Todas las traducciones del inglés son mías.

13. «There is no evidence to support the oft-repeated claim that Quevedo himself participated actively in this "conspiracy of Venice", since he was in Spain at the time this event took place» (33).

14. «Tarsia's biography is replete with factual errors» (163). «Astrana […] not always factually reliable» (175).

tan sobre la vida de Quevedo»[15]. Añade que la verdadera razón nunca ha sido descubierta, y recuerda que Blecua ya probó que el *Memorial* no era suyo en 1963. Hay que tener en cuenta que esta obra de Bleznick se publica en 1972, el mismo año que aparece el artículo de Elliott, y parece por tanto muy poco probable que pudiera conocerlo antes de dar su biografía a la imprenta.

Después de describir su prisión, el autor asegura que Tarsia es la fuente de otras leyendas concernientes a los restos mortales de Quevedo: la leyenda de las espuelas de oro y la leyenda del cadáver incorrupto (39). Bleznick no llega a negarlas de forma tajante, pero las pone en duda e insiste en que la obra de Tarsia está repleta de errores.

La obra de Bleznick parece, por tanto, bastante rigurosa y muy precisa para su tiempo, pues sólo le vemos aceptar el duelo con Pacheco y la Embajada de Génova. Sin embargo, cuando llegamos al final de su obra, el hispanista norteamericano afirma lo siguiente: «Todo tipo de leyendas, la mayoría falsas, sobre sus proezas, han estado circulando a lo largo de los siglos»[16]; y justo entonces nos cuenta la leyenda de la pantera —pero la cuenta al revés: afirma que si la pantera hubiera sabido quién era Quevedo, no le habría atacado (40). Remata nuestro asombro narrando dos chascarrillos falsos: un poeta joven le explica a Quevedo el significado de un poema suyo y éste le pregunta: ¿por qué no dijiste eso en tu poema? Otro le pide que juzgue dos sonetos sobre el mismo asunto; lee el primero y Quevedo dice: el otro es mejor, seguro, porque ninguno puede ser peor que el que acabo de leer. Finaliza, además, con la leyenda de la música en su entierro (40).

En suma, la corta biografía de Bleznick asume los hallazgos de González Palencia, Crosby y Seco, y moderniza bastante el conocimiento sobre su vida, salvo las pocas leyendas y los dos chistes que hemos explicado. Parece un resultado bastante aceptable, sobre todo teniendo en cuenta que esta obra corta, accesible, de fácil lectura y en inglés, es en muchos casos la que muchos estudiantes en las universidades de Estados Unidos pueden encontrar aún hoy en las bibliotecas de sus centros de estudio.

1978. Manuel Durán. *Francisco de Quevedo*

Manuel Durán Gili (1925-2020) fue un destacado autor, crítico literario, investigador y miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Nació en Barcelona y su familia tuvo que exiliarse durante la dictadura franquista; fue discípulo de

15. «The legend was born with contemporaries who were his enemies (Pellicer, etc.) and was perpetuated as other legends told about Quevedo's life» (37).

16. «All sorts of legends about his exploits, mostly spurious, have been circulated throughout the centuries» (40).

Américo Castro y profesor titular en la Universidad de Yale. Publicó decenas de obras sobre Calderón, Cervantes, fray Luis de León, Lorca, Machado, Quevedo o Valle-Inclán.

La obra de Durán no es realmente una biografía propiamente dicha; aunque narra los episodios más relevantes de su vida, el foco del autor no estriba en estos episodios sino en la interpretación psicológica de los mismos. El contexto de la década de 1970 se prestó a multitud de obras basadas en la tradición del psicoanálisis, y el objetivo del autor era tratar de comprender a Quevedo, más que trazar la semblanza de su vida. Ello no fue óbice para que Durán ofreciera sus aportaciones: por ejemplo, su rechazo de las leyendas apócrifas: «Una tradición a la vez piadosa y simplista presenta a Quevedo como víctima de un Olivares soberbio y enloquecido, un Quevedo víctima de su valor patriótico al intentar conseguir que el monarca supiese la verdad acerca del triste estado del país. La realidad debe haber sido más compleja» (14).

Interpreta el autor que la dualidad de Quevedo no se debía tanto a la diferencia entre obras seria y obras burlescas, sino a la diferencia entre literatura y política: «Las dos carreras de Quevedo —escritor de genio y de ingenio, por una parte; por otra, diplomático, cortesano, político— a la postre resultaron irreconciliables: una actividad devoró y destruyó la otra» (14).

También reconoce la dificultad de los biógrafos modernos: «Las innumerables leyendas surgidas en torno a la vida de nuestro autor forman también una densa cortina de humo […] una nube de relatos apócrifos» (15). Y aunque Elliott ya hacía ocho años que había publicado su artículo sobre la prisión de Quevedo y la carta manuscrita de Olivares, Durán acaso no debió estimar que sus hallazgos hubieran solventado el misterio: «Ni siquiera sabemos a ciencia cierta el motivo que originó el máximo y más trágico contratiempo de su vida, el largo encarcelamiento» (15).

Dentro de su exégesis psicológica, Durán achaca al poeta un «Complejo de Telémaco» (18), propio de un niño huérfano, desvalido, y humillado por sus defectos físicos; y, más tarde, con protectores que lo protegieron poco, pese a su fidelidad. Tras morir sus padres y su hermano mayor, la protección de Osuna fue un fracaso, la de Medinaceli también, pues le traicionó casándole con Esperanza de Cetina, y la del Duque del Infantado fue la peor traición, pues le llevó a la cárcel. Al tratar la leyenda de la servilleta, Durán admite que importantes expertos como Blecua han negado que Quevedo fuera el autor del *Memorial*. Pese a todo, entiende que las teorías aportadas son insuficientes o nimias, y se pregunta si el poeta actuaría como un agente doble (la pregunta debería entroncar con la tesis de Elliott): «Todo nos incita a creer que, por imprudencia, con actos o palabras injustificables en un hombre maduro e inteligente como lo era Quevedo, fue el propio don Francisco el principal artífice de su desgracia» (35).

El autor reflexiona sobre Quevedo como un personaje folclórico de proyección legendaria: «Quevedo es identificado por personas de habla española cuyas lecturas de los clásicos son mínimas» (160). Sin embargo, en lugar de verlo como un icono colectivo, Durán prefiere otra explicación: «La explicación de la supervivencia de Quevedo es que su obra es tan variada que a cada grupo de lectores puede ofrecerle parte del tesoro» (162). En suma, la obra monográfica de Manuel Durán puede verse como ejemplo de este mar de fondo cambiante, una atmósfera en la que eruditos competentes desconfían de las leyendas y han dejado ya de considerarlas como narrativas aceptables.

1985. José Antonio Vizcaíno. *Quevedo, espejo cóncavo del imperio*

José Antonio Vizcaíno es un escritor español que publicó entre 1965 y 1985 diarios de viajes y peregrinaciones (*Camino de La Mancha, De Roncesvalles a Compostela*), novelas (*Años de amor y violencia, El salvaje*) y biografías (*Marcel Proust, Hitler, Quevedo*). No parece haber sido un escritor muy renombrado, y resulta bastante difícil encontrar datos sobre su vida. Las escasas certezas son que no se trata de un profesor universitario ni un académico que haya realizado investigaciones sobre el poeta, sino un aficionado a la literatura de viajes y las novelas que decidió publicar algunas biografías.

Esta obra es un perfecto ejemplo de biografía folclórica o no profesional, y el hecho de que las cifras de ventas hayan sido notables debería hacernos reflexionar. La biografía está marcada por el lirismo, las invenciones, la narración dramatizada y las digresiones constantes del autor sobre los españoles y la naturaleza de la españolidad. El mismo principio ya es un ejemplo de lirismo que no debe tener lugar en una biografía moderna: «Villanueva de los Infantes es un hermoso y sereno lugar de La Mancha. Allí florecen los escudos sobre la piedra noble de las fachadas» (13). El autor muestra la infancia inventada de Quevedo: «Él no juega como los demás niños, no se alborota, apenas ríe, y nadie le ha visto llorar» (15). También hace gala de un peculiar sentido del humor: «El padre murió cuando Francisco apenas rebasaba los seis años, pero durante tan corto período (matrimonio de diez años) ya había tenido tiempo de hacerle a su mujer media docena de hijos. Cuestión de método, probablemente» (17).

Además del lirismo extremo, la creatividad o las invenciones, y la inexistente documentación, la obra sucumbe a todas las leyendas que existen desde Tarsia, y muchas más. Por ejemplo, la leyenda de Pacheco, que primero explica (27) y luego adorna con dramatismo (77). Al extravagante sentido del humor ha de agregarse un impertinente, falaz e innecesario antisemitismo: por ejemplo, asegura que, mientras estudiaba en Alcalá, Quevedo recibía una pensión de 50 ducados que su madre le había asignado, y

> la recibía a través de un acreditado prestamista de la ciudad, usurero por más señas, pues cada vez que necesitaba un anticipo le fue entregado mediante el pago por su parte de una cierta cantidad adicional en concepto de interés. No sería extraño que este avispado prestamista perteneciese a la especie de los judíos conversos, que abundaban en Alcalá (35).

Como dijimos, Vizcaíno asume todas las leyendas, y muchas otras que jamás habíamos oído antes, y las recrea sin pudor, con descaro, inventiva y creatividad lúbrica. Véase un inquietante ejemplo:

> Cierta noche, en la Posada del Rufo, el donoso estudiante Francisco de Quevedo y la gentil damisela Lucecica la Guapa organizaron una de esas juergas corridas que merecen mención aparte en los apretados anales de la bullanga y el jolgorio. La juerga fue tan adelante y se remontó de tal manera que del piso inferior de la posada subió a los dormitorios, donde canastos y jergones aullaron toda la noche por culpa de las embestidas y del peso desacostumbrado (40).

Por culpa de este personaje inventado, «Lucecica la guapa», mantiene Quevedo duelo con otro estudiante, Diego Carrillo, y huye a Valladolid. Por tanto, a la leyenda se une la fábula inventada, creando un amasijo de chascarrillos y patrañas que se une a la larga lista de venenos textuales con los que los españoles han venido atragantándose durante siglos.

Se podría decir que la obra no respeta ninguna cronología ni orden, ni datos ni documentación. Pero eso sería quedarse corto; el autor se regodea e insiste orgulloso en los errores más burdos: «En 1601 el licenciado en artes y teología por la Universidad de Alcalá de Henares, don Francisco de Quevedo y Villegas, llega a Valladolid» (51). Curiosamente, elogia la biografía de Antonio Espina (54), aunque sin seguir su orden. Al no seguir un orden cronológico, se mezclan las diferentes épocas, y, por ejemplo, aquí se acepta la leyenda *post-mortem* de la música en el entierro (57).

Las frases sobre Quevedo son a veces aisladas notas cortas, entre las que se extienden unas digresiones larguísimas, comentarios personales del autor sobre España, los españoles, o cualquier otra cosa, que ocupan muchas páginas enteras. Por descontado acepta la leyenda del Jueves Santo (78), aunque en este caso, no huye a Italia ni a Valladolid, sino a La Torre de Juan Abad. El texto salta a Italia, y allí la confusión es extrema. Dice que visita Saboya y al Papa mientras Osuna era Virrey de Sicilia. Describe las prácticas del soborno por Osuna para ir a Nápoles, y regala al poeta un insólito calificativo: «Quevedo, gran conocedor de su patria y de sus gentes, preparó con cuidado sumo ese abordaje corrosivo y desleal de la Corte. Después se quejaría amargamente, el muy pirata» (93). Se suceden las leyendas de Quevedo en Italia, entre las que destaca la mujer de Merardini (98). El autor abraza la leyenda de la Conjura de Venecia, y la huida de Quevedo en harapos, con pintoresco desparpajo y osadía:

> Dijérase que todo —la idea, los medios para ponerla en práctica, los personajes que intervienen, la elección cuidadosa de una fecha tan significativa— es obra de Quevedo, fruto de su poderosa imaginación inventora. Dijérase que incluso Quevedo ha inventado a Venecia (112).

El autor describe la Embajada en Génova (145) y la boda de Quevedo: «Se separaron para siempre a los dos años» (154), pero ignoramos de dónde deduce una duración tan larga de la convivencia. Queda clara sin embargo la causa del fracaso conyugal: «Quevedo era un idealista del amor» (155). Ella era una «viuda entrada en carnes» y con hijos adultos que se oponían a Quevedo. En cuanto a la cárcel en San Marcos, el autor apunta: «a Quevedo empezaba a dársele una higa de todo» (163). E insiste en esa desafección: «Engreído acaso, con esa falsa certidumbre que proporcionan las fuerzas propias», y rodeado de enemigos, «él mismo propicia su caída».

De pronto, el autor acepta la leyenda del soneto de la nariz: «inspirado por la enorme, desconcertante prominencia nasal que portaba el cura párroco del pueblo» (Fresno de la Torre, donde vivía su amigo el Marqués de Barcarrota) (167). De aquí salta a la leyenda de la servilleta: «Sobradamente difundido está el episodio del *Memorial* al rey con la anécdota de su colocación bajo la servilleta», pero «más oscura es la dirección de esa flecha negra y siniestra que apunta al corazón mismo de Quevedo, señalándole inapelablemente como espía al servicio de Francia» (174). Para saber a qué se refiere con «esa flecha negra», examina las explicaciones de los investigadores. Admite que el *Memorial* es una «leyenda», y razona el porqué de su persistencia: «Durante bastante tiempo se ha venido creyendo esta versión porque resultaba más bonita que ninguna otra» (174). Por tanto, una patraña así debe su longevidad a la «épica caballeresca», y admite: «habría sido bonito que fuera así, y, si queremos, nadie puede evitar que sigamos creyéndolo». En esto, al autor no le falta razón: todos somos libres de seguir creyendo en los Reyes Magos, si así lo deseamos. El autor cree que *El padre nuestro glosado* quizá no llegara al Rey, pero hizo estallar «la cólera de Olivares». Vizcaíno demuestra que, si lo desea, sabe documentarse, y, al hablar de Francia, menciona a Pellicer, a Elliot y su artículo de 1972, y la carta de Olivares al Rey: «confidente de Francia y correspondiente de franceses» (175). En un sano alarde de rigor, escribe: «Los modernos historiadores aceptan, con las debidas precauciones, esta postrera versión de Quevedo agente francés» (176). La culpa fue de «falsos amigos traidores que le delataron». No hay leyendas *ante-mortem*, pero sí *post-mortem:* la leyenda de las espuelas de oro (210), que se añade a la de la música en el entierro (57).

En suma, la biografía de Vizcaíno es un perfecto ejemplo de picaresca editorial; no aporta nada nuevo, inventa todo cuanto le apetece, vierte dramatizaciones y diálogos ficticios por doquier, y acepta casi todas las leyendas apócrifas. Haberse documentado sólo para una de ellas (la de la servilleta) no puede redimir al conjunto de la obra, que,

además de exhibir un humor lúbrico y espeso, contiene apenas un 40% del texto dedicado a Quevedo; el resto, más del 60% de las páginas, están embutidas de rellenos, digresiones de dudoso gusto, paja verbal y hojarasca.

1996. Néstor Luján. *La cruz en la espada*

Néstor Luján (1922-1995) fue un escritor, periodista y gastrónomo catalán. Intelectual muy polifacético —publicó novelas históricas, libros de tauromaquia, de gastronomía, de viajes, etc.—, de gran bagaje cultural y con un sutil sentido del humor, logró su mayor divulgación con el género novelístico, tanto en castellano como en catalán, en el que se muestra su predilección por la novela histórica encuadrada en el siglo xvii. La novela que tratamos aquí se editó unos escasos meses después de su muerte.

La cruz en la espada supone un espaldarazo a las investigaciones científicas sobre la vida de Quevedo, aunque en un formato no académico: una novela de intrigas. La obra muestra las pesquisas y las especulaciones de Hugo von Stein, un alemán al servicio de los reyes de Inglaterra, sobre las misteriosas razones que condujeron al famoso y sarcástico Quevedo a la cárcel. El autor, utilizando al personaje de Hugo, propone desde el terreno de la ficción rechazar, de una vez y para siempre, la leyenda de la servilleta y la patraña del *Memorial* anónimo escrito para Felipe IV. Después de entrevistarse con muchos otros personajes históricos, Hugo llega a la conclusión de que la causa que le condujo a la prisión fue su tesitura de agente internacional.

Esta novela, por tanto, no es una biografía de Quevedo; sin embargo, nos sirve aquí para comprobar que, en intelectuales serios, bien documentados e informados, las huellas de las investigaciones de González Palencia, Crosby, Elliott, Jauralde o Blecua, encuentran asiento y acomodo. Resulta evidente que Luján conocía muy bien el curso de todas estas investigaciones, y que utilizó la redacción de su texto de ficción para apuntalar la actualización del conocimiento sobre la vida del poeta. Al final de este ensayo reflexionaremos sobre el alcance que estas actualizaciones han podido tener en el público general, pero esta novela es un claro ejemplo de que, para los intelectuales y artistas, las cosas sobre Quevedo ya habían cambiado.

1998. Pablo Jauralde. *Francisco de Quevedo (1580-1645)*

Pablo Jauralde es un investigador y profesor universitario palentino nacido en 1944, autor de decenas de obras académicas, especialmente sobre el Siglo de Oro. Está considerado como uno de los mayores expertos mundiales en Francisco de Quevedo, y su obra que aquí tratamos es no ya la mejor biografía del poeta, sino la primera auténtica biografía moderna y científica. Se trata de una biografía monumental (dos volúmenes en la primera edición, y un solo volumen de casi mil páginas

en las posteriores) donde se analiza de manera exhaustiva y minuciosa toda la vida de Quevedo; el trabajo de documentación es titánico, desde los archivos de la Biblioteca Nacional de Madrid, la *British Library,* los Archivos Históricos de Protocolos, y otros catálogos y fuentes, así como el ingente epistolario del poeta. Jauralde es, sencillamente, el primer biógrafo moderno y serio de Quevedo.

Pablo Jauralde no reproduce ni acepta ninguna de las leyendas apócrifas; al contrario, siempre ha trabajado sin descanso para extirparlas. Las rechaza todas: las leyendas de infancia y juventud —no en vano el profesor se queja de las biografías en las que «se habla extensa y fantasiosamente de la infancia de Quevedo en Palacio» (31). La leyenda de doctorarse con quince años —«la madre lo envía al internado de los jesuitas en Ocaña, en donde estuvo dos años, desde comienzos de 1594 a finales de 1595»; allí «recibió el equivalente de lo que hoy llamaríamos la enseñanza secundaria, es decir, la que iba desde los doce a los quince años» (55), y en el otoño de 1596 se inscribe en la Universidad de Alcalá, donde estudió desde los 16 a los 20 años (92), algo perfectamente razonable. La leyenda del Jueves Santo —«resulta falso el relato de Fernández-Guerra recogiendo noticias de Tarsia, que fecha a 31 de marzo —y lo narra novelescamente— un lance en una iglesia» (261), un lance que «no es sino un tópico más en la biografía de los "héroes" que también se usó para Cervantes o el Duque de Estrada» (298). La leyenda de la Conjura de Venecia:

> Tarsia recogió una información temprana, probablemente legendaria, de que el propio Quevedo había estado en Venecia, junto a dos espías que luego fueron ajusticiados, pero que había conseguido escapar en el último momento disfrazado de mendigo. Desde Tarsia, toda la bibliografía biográfica ha recogido, comentado y engrandecido este episodio como auténtico, hasta que hace unos cuarenta años Emilio Beladíez primero y James O. Crosby más tarde lo pusieron en entredicho. […] Tomando como base los datos de Samuel Romanin, de Beladíez, de Crosby y de López Ruiz, podemos convenir que Quevedo anduvo por tierras venecianas, pero no en la capital, y, desde luego, no en las fechas de la famosa conjuración (383).

Jauralde tampoco acepta la leyenda de la boda por amor —«pasión volcánica no creo que le despertara la novia que "oficialmente" le han buscado» (632), algo que se deduce de la gran cantidad de documentos escritos al respecto, que «quieren decir que la presión de la Corte ha sido grande» para «un matrimonio que, necesariamente, había de ser de conveniencia», pues «todos los datos indican que el escritor no conocía físicamente a su prometida» (634); y, tras la boda, «no se sabe exactamente el tiempo que estuvieron juntos: unos ocho meses después, el escritor ya ha vuelto, y definitivamente, a la Corte», por lo que Jauralde nos previene contra «el relato idealizado de Tarsia» (671). Tampoco acepta la leyenda de la servilleta, ni las leyendas que rodean a su muerte, como las espuelas de oro —leyenda que el profesor tacha

de «anécdota novelesca»; y nos previene: «son falsos los lugares de peregrinaje que hoy se enseñan» en Villanueva de los Infantes, donde falleció (869).

El profesor nos recuerda en varias ocasiones cómo estas leyendas, además, no afectaban sólo a Quevedo, sino a muchos otros escritores y personajes célebres de la época. La peor leyenda de todas, la de que Quevedo fue a prisión por haber dejado un poema debajo de la servilleta del rey, destaca por su gravedad y por su terquedad de hierbajos en un jardín abandonado. Jauralde realiza un brillante compendio de toda la documentación para sintetizar que estaba previsto desde días antes llevarlo en secreto a San Marcos de León, según se desprende con rotundidad de las cartas entre el rey y Olivares, y por tanto es radicalmente imposible que hubiera poema bajo la servilleta:

> Quevedo fue delatado como traidor por un alto personaje que gozaba de su amistad, probablemente Juan de Isasi; acusado formalmente más tarde por el Duque del Infantado, a instancias del Conde-Duque, para que la delación tomara cuerpo jurídico; detenido y encarcelado entonces, porque en unos momentos de enorme presión política estaba formando parte de una trama antiolivarista, descarada en el caso de una importante facción de la nobleza, uno de cuyos pilares era el Duque de Medinaceli: en su casa se fomentaban encuentros y tertulias seudoculturales, de evidente signo político. Esa fue la razón esencial. Pero la detención, sus accidentes y consecuencias tuvieron, como es lógico, flecos harto complicados, muchos de los cuales se han podido descubrir con el tiempo, otros que se adivinan, y, ciertamente, muchos que se habrán perdido o hecho desaparecer con la obligada distancia histórica (766).

Otra cosa diferente es que tanto Olivares como Quevedo dejaran crecer esa mala hierba: «se dijo o se permitió creer» que la causa fue el famoso *Memorial*. «Así se envolvía lo grave e increíble –la traición– con lo usual del satírico: la maledicencia en sus escritos… Quevedo nunca dijo claramente por qué se le había encarcelado, nunca encaró la auténtica acusación: la de espía o traidor» (779). Uno, Olivares, calló porque nunca llegó a encontrar pruebas suficientes que implicaran al escritor; el otro, Quevedo, quizá porque prefirió que pensaran que era un satírico molesto a que podía haber conspirado con enemigos extranjeros. Digamos que acaso esta gran mentira histórica les vino tan bien a los dos, a Quevedo y a Olivares, que ambos llevan siglos escondidos vergonzosamente detrás de ella.

En suma, la obra de Jauralde constituye una aportación fabulosa para el esclarecimiento de la vida del poeta; su biografía es, para muchos, la primera y única, por su rigor y modernidad. Además de haberse ganado a pulso un lugar de honor entre los expertos sobre Quevedo, el profesor Jauralde ha combatido todas las leyendas apócrifas y «anécdotas novelescas», haciendo nuestra labor de saneamiento cultural mucho más fácil y asequible.

2011. Antonio López Ruiz. *Tras los pasos de Quevedo*

Antonio López Ruiz (1924-2013) fue un profesor e investigador murciano, que pasó la mayor parte de su vida en Almería. Editó un gran número de artículos y ensayos sobre Quevedo en varias publicaciones académicas, en las cuales destacó por su rigor documental. Algunas de sus obras versaron sobre los apócrifos atribuidos a Quevedo, los comentarios de Pellicer, y las relaciones de Quevedo con los franceses, Andalucía, las prisiones, Venecia, la nobleza andaluza, sus traducciones clásicas o Lisi. Pero no es hasta la publicación de esta recopilación de estudios que López Ruiz ofrece una obra monográfica sobre el poeta.

Debido a la dispersión en muchas publicaciones, las aportaciones de López Ruiz a la biografía de Quevedo son abundantes pero se resisten a la síntesis simple. Es destacable el empeño documental y la minuciosidad en el análisis de este experto. Gracias a él sabemos, por ejemplo, que Quevedo estuvo muy cerca de trasladarse de niño a Francia con su madre, para promover a la infanta Isabel Clara Eugenia al trono francés; en cuyo caso, nos dice, hoy sería considerado un escritor francés. También estudió en gran detalle sus relaciones de adolescencia y juventud, y cómo se enredó en aventuras poco edificantes con el futuro Duque de Osuna, que le habrían conducido a Sevilla. Llegó a la conclusión, tras estudiar con detalle varios testimonios, de que conoció a Osuna en Alcalá en 1599. De aquí surge la necesidad de estudiar las relaciones del poeta con los Duques de Lerma y su protección. Asimismo, estudió con minuciosidad y prolija documentación los viajes de Quevedo por Niza, Marsella, y otros lugares de Francia e Italia. Se extendió en la relación de Quevedo con Sevilla en particular y Andalucía en general; cómo fue la reacción de los andaluces ante sus escritos santiaguistas, por ejemplo.

López Ruiz ayudó a desmontar leyendas apócrifas. Se mostró convencido de que Quevedo había estado en Venecia, pero un año antes de la famosa Conjura, en 1617. Y sus investigaciones sobre la leyenda de la servilleta y su prisión son de gran interés. Estudió las relaciones de Quevedo con Pellicer, y, especialmente con el Barón de Pujols y el Conde de Soissons, así como la Embajada en Francia del Marqués de Leganés. Según López Ruiz, el Barón de Pujols es el personaje clave en la prisión del poeta, pues es uno de los responsables de las conversaciones secretas entre Francia y España, motivo oculto que pudo llevar a Quevedo a la cárcel (146). La documentación demuestra que Quevedo y Pujols coincidieron en Madrid en 1634, 1637 y 1639; el poeta estaría por tanto implicado en las conversaciones secretas de paz que mantuvieron Francia (a través del Barón de Pujols) y España entre 1636 y 1642. Involucrados en estos secretos estuvieron el Nuncio Fachinetti y su secretario Lorenzo Coqui, detenido justo después de Quevedo (92). Pujols era el único intermediario entre Richelieu y Olivares, y conspiró junto con Quevedo y un buen número de nobles liderados por el Duque de Híjar. Pujols podría ser el delator del que se quejaba amarga-

mente en sus cartas desde San Marcos. En resumen, la obra de López Ruiz representa un beneficioso añadido a la biografía de Quevedo, y un espaldarazo a muchas de las actualizaciones que desde hace muchas décadas constituyen el grueso de las investigaciones de los expertos.

Conclusión

El 27 de marzo de 2022, durante la entrega de los premios de la Academia del Cine de Hollywood, el actor norteamericano Will Smith subió al escenario, se acercó al presentador de la gala —el cómico Chris Rock, que poco antes había hecho una broma sobre su esposa— y le soltó tal guantazo con la mano abierta que le cruzó toda la cara. Tras cruzar la cara del cómico, la noticia cruzó el océano y pronto todo el globo; en los medios de comunicación y en las redes sociales, aquel sopapo fue la comidilla de todo el mundo.

Al día siguiente del mamporro, varios medios de comunicación españoles (*Huffington Post, abc, cope, La Vanguardia, Sport, Antena 3,* y muchos otros) anunciaban, con escasas variantes, que «Quevedo ya hizo lo mismo que Will Smith, pero 400 años antes», y añadían la imagen de la placa conmemorativa, romboide y equivocada, que el Ayuntamiento de Madrid hace tiempo colocó en una pared de la Plaza de San Martín, y que reza así: «En esta plaza hirió mortalmente Francisco de Quevedo a un caballero el Jueves Santo de 1611 en defensa de una dama». Como sabemos, la leyenda es falsa; la placa del Ayuntamiento y los comentarios de los medios de comunicación son rigurosamente ciertos.

Podemos añadir a esta anécdota otras muchas. En la tribuna del Congreso de los Diputados se cita a Quevedo con frecuencia. El 13 de junio de 2017, cuando Mariano Rajoy era líder del Partido Popular y Presidente del Gobierno, criticó a Irene Montero de Unidas Podemos recurriendo a una cita de Quevedo para reprocharle su largo discurso: «Como dijo Quevedo, "El exceso es el veneno de la razón"». Inmediatamente, Pablo Iglesias (líder a la sazón de Unidas Podemos) lo volvió a hacer, al contestarle: «Sí, señor Rajoy, pero también escribió Quevedo que "la soberbia nunca baja de donde sube, pero siempre cae de donde subió"; y a ustedes la soberbia les va a hacer caer». Fuera del hemiciclo, también se le cita: el líder de vox, Santiago Abascal, publicó un tuit que empezaba: «Como dijo Quevedo, "No he de callar por más que con el dedo…"» (24 de abril de 2020). Asimismo, el poeta Luis García Montero, director del Instituto Cervantes, en su columna de opinión en la web de la Cadena ser (*Hoy por hoy – La mirada*), escribió: «*Poderoso caballero es don Dinero.* Hay cosas que valen más que el dinero. Lástima que se olviden de eso nuestras empresas energéticas y los que están obsesionados con bajarles los impuestos a los ricos» (7 de junio de 2022). Podríamos continuar durante páginas enteras con testimonios y declaraciones semejantes.

Dos certezas pueden extraerse de modo rotundo de estas experiencias. La primera es que los españoles necesitan a Quevedo como el respirar; aquí vuelven a ser aplicables las conclusiones a las que llegué en mis otras publicaciones: Quevedo es un icono colectivo, el símbolo de la frustración política hispánica.

La segunda certeza es que, frente a todo intento de actualización de la biografía de Quevedo, se levanta una resistencia empecinada, contumaz y rocosa. Téngase en cuenta que, si solapamos la lista de obras con Quevedo como personaje de ficción con la lista de aportaciones biográficas de los expertos a lo largo de los años, no hay una influencia concluyente. Por ejemplo, las leyendas del Jueves Santo, de la Conjura de Venecia, de la servilleta, o de las espuelas de oro, hoy siguen igual de vivas entre el público general como antes de que González Palencia, Crosby, Elliott, o Jauralde, dieran a conocer sus hallazgos. Y lo que atañe al público general vale también para autores no académicos, que siguen a día de hoy escribiendo como si las leyendas las hubiera editado Tarsia anteayer: las últimas novelas sobre Quevedo, y la polémica sobre el poeta y los Oscars de Hollywood así lo demuestran.

Las novelas con Quevedo como personaje de ficción y los ensayos biográficos en las últimas décadas muestran una decepcionante danza: un paso adelante, uno o dos atrás. Así, en 1984, *El insomnio de una noche de verano* de Eduardo Alonso actualiza la vida del poeta, pero en 1985, Vizcaíno publica su biografía, que acepta casi todas las leyendas. Desde 1996 las entregas de *Alatriste* de Arturo Pérez-Reverte son impecables en el sentido de biografía actualizada, el mismo año en que surge la novela de Luján en el mismo sentido, y en 1998 la formidable biografía de Jauralde. Sin embargo, en 2003, la novela *El mercenario del Dux* de Vicente Álvarez representa un retroceso a las leyendas, especialmente la Conjura de Venecia, a pesar de todos los hallazgos documentales; y en 2008 *Unas espuelas de oro robadas* de Amparo Boquera no sólo retrocede a la leyenda de las espuelas de oro, sino a prácticamente todas las demás. En 2008 también se publica *La hora de Quevedo* de Baltasar Magro, que actualiza algo y retrocede otro poco: rechaza la leyenda de la servilleta, pero abraza la Conjura de Venecia. En 2011 López Ruiz publica su magnífica obra sobre la vida de Quevedo; pero en 2013 se publica *Muerte súbita* de Álvaro Enrigue, que retrocede a las leyendas y muestra al poeta realizando prácticas homosexuales. Parece una coreografía descompuesta, con pasos de baile muy frustrantes.

Por otro lado, polémicas como la de los Oscars de Hollywood o la placa incorrecta del Ayuntamiento de Madrid en la plaza de San Martín son apenas la punta del iceberg: las leyendas apócrifas se resisten a morir en libros de texto descuidados, en las páginas de las enciclopedias (incluso las que existen *online* y se suponen más actualizadas, como la *Wikipedia*), y en tertulias de radio o de televisión: en cuanto surge el nombre de Quevedo, los españoles saltan como un resorte, a compartir todas las leyendas apócrifas que han aprendido en esas novelas o series

televisivas inexactas, o en esas fuentes engañosas. Y, al compartirlas, siguen poniendo la semilla para que la confusión entre el pueblo continúe y el regalo envenenado de Tarsia parezca la mala hierba eterna de un jardín descuidado. No parece haber manera de extirparla, y cualquier esfuerzo por erradicarla fuera del ámbito académico se enfrenta a la incomprensión, al desprecio, o simplemente a la total indiferencia.

Esto sólo puede significar una cosa: que las investigaciones de los expertos no están llegando al público; que nuestras publicaciones y hallazgos no hacen mella en la biografía popular de Quevedo. Quizá estemos haciendo algo mal. Quizá la sociedad haya cambiado tanto que nadie escuche a los que estudian e investigan. Quizá el atractivo de la biografía falsa de Quevedo sea tan sugerente y tentador que los hispanohablantes siempre prefieran la novelesca o rocambolesca mentira antes que la pedregosa, decepcionante, polvorienta verdad. Y puede que todas estas cosas sean, hasta un cierto punto, verdad. Pero quizá ocurra también que nuestras actualizaciones estén despojando a nuestro símbolo colectivo de dramatismo y, por ello, de esa arcana capacidad de representar nuestras quejas.

Parece evidente y clara la atracción que autores y público sienten hacia las leyendas apócrifas, al margen de las investigaciones de los expertos, lo que demuestra la tenaz resistencia a la actualización de la imagen pública de nuestro escritor, y demuestran también la escasa influencia que las biografías serias han cosechado en una amplia parte de la sociedad. Lo que nutre la especial querencia del pueblo por Quevedo es la ruptura de la expectativa narratológica: en el cosmos simbólico hispánico la expectativa siempre se ve truncada por la calamidad histórica; el héroe maldito, incomprendido, injustamente maltratado. Quevedo encarna un prototipo de desdichada mala suerte histórica y despiadada traición pública: el talento es perseguido, las autoridades encarcelan a los héroes y premian a los traidores, el pueblo noble sufre y soporta el desgobierno de los inútiles. Quizá sea ésta la forma que tengamos los ciudadanos de evadir nuestra propia responsabilidad histórica en el eventual desgobierno de nuestros reinos y repúblicas. Quevedo, en fin, siempre es el icono que refleja los vaivenes políticos de su país y de sus compatriotas; es un icono colectivo, el símbolo de la frustración política nacional. El interés por citar, atacar, defender o manipular a nuestro escritor no ha decaído jamás, ni hay visos de que vaya a decaer nunca. Todos los sucesos de actualidad política que preocupan a los españoles pasan por mencionar, parodiar o imitar a Quevedo, antes o después. Si Quevedo es un icono colectivo y el símbolo de la frustración política hispánica, el vehículo perfecto para nuestras quejas, entonces tal vez los españoles seleccionan la biografía de Quevedo que mejor sirve a los intereses de esta representación colectiva, y se niegan a cambiarla porque esa biografía plagada de leyendas falsas es la que mejor funciona para vehicular su enorme frustración política nacional. La biografía de Quevedo es un claro ejemplo de la naturaleza instrumental de su

vida, y por eso escribía Serrano Asenjo que «estos modernos buscan en el autor clásico un espejo donde encontrarse a sí mismos […] la voz discorde y lúcida se quejaba trescientos años después a través de las voces de los otros» (301). Como si Quevedo fuera nuestra segunda piel y nosotros fuéramos la suya: hasta que llega un punto en el que no sabemos si usamos a Quevedo para quejarnos, o si Quevedo nos usa a nosotros para seguir quejándose.

Como hemos podido comprobar, las primeras biografías dejaron huella indeleble en su imagen pública y en el imaginario colectivo de los españoles; las más recientes han dejado poca o ninguna. Resulta indudable que la longevidad de Quevedo como personaje legendario se debe a su función como símbolo colectivo de la injusticia histórica, y probablemente ésa sea la causa que empuja a tantos a rechazar las actualizaciones, pues al actualizarlo le despojan de su capacidad de ser un icono de esa misma injusticia. De todos nosotros depende que siga siendo un símbolo colectivo de nuestra sociedad, pero que sea legendario, y no de leyenda.

Bibliografía

Aguado, Emiliano, *Francisco de Quevedo,* Madrid, Nuevas editoriales unidas, 1962.

Alonso, Eduardo, *El insomnio de una noche de invierno,* Barcelona, Anagrama, 1984.

Álvarez, Vicente, *El mercenario del Dux,* Barcelona, Destino, 2003.

Astrana Marín, Luis, *La vida turbulenta de Quevedo,* Madrid, Gran Capitán, 1939.

Bates, Ernest Stuart, *Touring in 1600: A Study in the Development of Travel as a Means of Education,* Boston, Houghton Mifflin, 1911.

Bleznick, Donald W, *Quevedo,* New York, Twayne Publishers, 1972.

Boquera, Amparo, *Unas espuelas de oro robadas,* Zaragoza, Mira Editores, 2008.

Bouvier, René, *Quevedo; hombre del diablo, hombre de Dios,* trad. Roberto Bula Piriz, Buenos Aires, Losada, 1945.

Campoamor, Clara, *Vida y obra de Quevedo,* Buenos Aires, Gay Saber, 1945.

Candelas Colodrón, Manuel Ángel, «La fama póstuma de Quevedo en los paratextos de sus obras impresas y en la biografía de Tarsia», *Studia Aurea,* 11, 2017, pp. 371-394.

Casona, Alejandro, *El caballero de las espuelas de oro,* Madrid, Edaf, 1985.

Crosby, James O, «Quevedo's alleged participation in the Conspiracy of Venice», *Hispanic Review,* 23, 4, 1955, pp. 251-73.

Durán, Manuel, *Francisco de Quevedo,* Madrid, Edaf, 1978.

Elliott, John Huxtable, «Nueva luz sobre la prisión de Quevedo y Adam de la Parra», *Boletín de la Real Academia de la Historia,* 169, 1972, pp. 171-182.

Elliott, John Huxtable, *The Count-Duke of Olivares,* New Haven, Connecticut, Yale u p, 1986.

Elliott, John Huxtable, *El Conde-Duque de Olivares: El político en una época de decadencia,* Barcelona, Crítica, 1990.

Enrigue, Álvaro, *Muerte súbita,* Barcelona, Anagrama, 2013.

Espina, Antonio, *Quevedo, estudio y antología,* Madrid, Compañía bibliográfica española, 1962.
Fernández-Guerra, Aureliano, *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas,* Madrid, Rivadeneyra, 1852.
Gómez de la Serna, Ramón, *Quevedo,* Madrid, Espasa-Calpe, 1953.
González de Amezúa, Agustín, *Las almas de Quevedo,* Madrid, Imprenta de S. Aguirre, 1946.
González Palencia, Ángel, *Del Lazarillo a Quevedo,* Madrid, Sucesores de Ocaña, 1946.
González Palencia, Ángel, «La herencia de la Institución Libre de Enseñanza», *Una poderosa fuerza secreta,* San Sebastián, Editorial Española, 1940, pp. 273-276.
Gutiérrez, Carlos M., «Quevedo y Olivares: Una nota cronológica a su epistolario», *Hispanic Review,* 69, 4, 2001, pp. 487-99.
Jauralde, Pablo, *Francisco de Quevedo (1580-1645),* Madrid, Castalia, 1999.
Juderías, Julián, *Don Francisco de Quevedo y Villegas. La época, el hombre, las doctrinas,* Madrid, J. Batés, 1922.
López Ruiz, Antonio, *Tras las huellas de Quevedo,* Almería, Universidad de Almería, 2011.
Luján, Néstor, *La cruz en la espada,* Barcelona, Planeta, 1996.
Magro, Baltasar, *La hora de Quevedo,* Barcelona, Roca Editorial, 2008.
Marigno, Emmanuel, «Ni "hombre del diablo" ni "hombre de Dios": Quevedo o "l'homme des Lettres"», *La Perinola,* 25, 2021, pp. 101-118.
Masferrer Cantó, Santiago, *Francisco de Quevedo,* Barcelona, Araluce, 1963.
Menéndez Pelayo, Marcelino, *Historia de las ideas estéticas en España. Siglos XVI y XVII,* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1940.
Merimée, Ernest, *Essai sur la vie et les oeuvres de Francisco de Quevedo,* Paris, A. Picard, 1886.
Orellana, Francisco, *Quevedo, novela histórica,* Barcelona, Salvador Manero, 1857.
Papell, Antonio, *Quevedo: su tiempo, su vida, su obra,* Barcelona, Barna, 1947.
Patricio, Germán de, *Quevedo, personaje de ficción: icono colectivo,* Newark, Juan de la Cuesta, 2020.
Pérez-Reverte, Arturo, *El Capitán Alatriste,* Madrid, Alfaguara, 1996.
Porras Márquez, Antonio, *Quevedo,* Madrid, Plutarco, 1930.
Quevedo, Francisco de, *Colección de poesías escogidas de don Francisco Gómez de Quevedo,* Madrid, Imprenta Real, 1795.
Quevedo, Francisco de, *El Parnaso español o las nueve musas de de Don Francisco de Quevedo,* ed. J. Antonio González de Salas, Pedro Alderete de Quevedo, Zaragoza, Carranque, 1886[17].
Quevedo, Francisco de, *Obras completas,* ed. José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta, 1968.
Quevedo, Francisco de, *Obras de don Francisco de Quevedo y Villegas,* Madrid, J. Ibarra, 1772.
Quevedo, Francisco de, *Obras escogidas de don Francisco de Quevedo y Villegas, con notas y una noticia de su vida y escritos,* ed. Eugenio de Ochoa, París, Baudry, 1842.
Quevedo, Francisco de, *Obras póstumas y vida de don Francisco de Quevedo y Villegas,* Madrid, Antonio Sanz, 1720.

17. Reimpresión del original de 1648.

Quevedo, Francisco de, *Poesía varia,* ed. James O. Crosby, Madrid, Cátedra, 1982.
Rey, Alfonso, «La construcción crítica de un Quevedo reaccionario», *Bulletin Hispanique,* 2, 112, 2010, pp. 633-69.
San Martín, Antonio de, *Las bendiciones de Quevedo,* Barcelona, Maucci, 1881.
Santa Cruz, Manuel de, *Apuntes y documentos para la historia del tradicionalismo español, 1939-1966,* Sevilla, ECESA, 1942.
Schwartz, Lía, «James O. Crosby», en *Studies in honor of James O. Crosby,* ed. Lia Schwartz, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 2004, pp. 11-15.
Serrano Asenjo, Enrique, «Quevedo, tres lecturas desde el margen: Antonio Espina, Clara Campoamor, Ramón Gómez de la Serna», *Temas literarios hispánicos,* ed. Leonardo Romero Tobar, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 285-304.
Tarsia, Paolo de, *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas,* ed. M. Prieto, Felipe Pedraza, Madrid, Ara Iovis, 1988.
Vizcaíno, José Antonio, *Quevedo, espejo cóncavo del imperio,* Madrid, Sílex, 1985.